

FEDERICO RÓMERO Y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

LAS ALONDRAS

COMEDIETA LÍRICA EN DOS ACTOS,
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

MÚSICA DE

JACINTO GUERRERO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, 24

1928

A la Fundacion Jacinto e Inocen-
cio Guerrero con un fuerte abrazo

J. Romeros

LAS ALONDRAS



Copyright by Felipe Romeros y Guillermo Ferrerolas Siles

MADRID

EDITORES DE REVISTAS Y LIBROS
Paseo de San Vicente, 11

1945

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LAS ALONDRAS

COMEDIETA LÍRICA EN DOS ACTOS,
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

LIBRO DE

FEDERICO ROMERO

Y

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW

MÚSICA DE JACINTO GUERRERO

Estrenada en el teatro de
Apolo, de Madrid, el 16
de noviembre de 1927.



Copyright by Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw.

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.

1928

LAS ALONDRA

COMUNIDAD LINGÜA EN DOS ACTOS
EL SEGURO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

Libro de

FERNANDO GONZALEZ

GUILLERMO TERRAZO

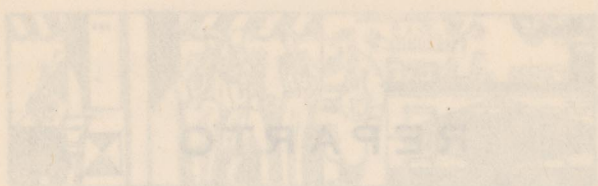
IMPRESO EN LA CIUDAD DE GUERRERO

Impreso en el taller de
Aguilera y Soria, en la
de noviembre de 1913



Copyright by Federico Bassani y Guillermo Terrazo

MEXICO
IMPRESO EN ESTABLECIMIENTO (S. A.)
Calle de San Vicente, 22
1913



ARTISTAS

PERSONAJES

MIM
 COLLETTE
 MAGDALENA
 JULIETA
 LUCIA
 LUCIA

A D. TORCUATO LUCA DE TENA

FINEZA
 LUCIA
 EL SEÑOR DE
 HORACIO
 ALLI
 MARCELO
 ARMANDO
 POYO
 UN CAMARERO
 UN TROVADOR
 DOS BARBEROS

En el teatro de la ciudad de Buenos Aires se representó el día 10 de mayo de 1910 la obra titulada "A D. Torcuato Luca de Tena" de la pluma del Sr. D. Torcuato Luca de Tena. La obra es una comedia en tres actos y en verso. El autor es un poeta y dramaturgo argentino. La obra trata de un hombre que se enamora de una mujer que ya está casada. El autor utiliza un lenguaje poético y elegante. La obra fue muy bien recibida por el público y la crítica.

REPARTO

PERSONAJES

ARTISTAS

MIMI	Srta. Pérez Carpio
COLETTE	Sra. Suárez (B.)
MAGDALENA	» Andrés.
JULIETA	Srta. Paso.
LUCILA	» Rodríguez.
MIDINETTE 1. ^a	» Yuste.
PIPI	» Arias.
OCTAVIO	Sr. Godayol.
MOISES	» Gallego.
FENELON	» Rodríguez.
KUNO KOBBUS	» Navarro.
NARCISIN	» Frontera.
LA PALISSE	» Barta.
EL SEÑOR DUVAL	» Cumbreras.
HONORATO	» Martínez.
ALFREDO	» Iborra.
MARIO	» Monteagudo.
ARMANDO	» Moraña.
POPÓ	» Stern.
UN CAMARERO	» Arias.
UN PROVINCIANO	» Gallegos.
DOS BARQUEROS	» N. N.

El «Plátano, *black-bottom*» y el «Tango infernal» por

LA YANKEE

Midinettes, jacobinas, tambores, estudiantes, guardias femeninos y masculinos, las del Plátano, Almas y Diablos, carpinteros, camareros y concurrentes a un cabaret.

La acción en París. Epoca: actual.

Lados: del actor.



ACTO PRIMERO

«Café-Bar de la Juventud», en el Barrio Latino, de París: lugar predilecto de estudiantes con mucha alegría y poco dinero. Al foro, ventanal corrido, al través de cuyos cristales se ve la terraza del establecimiento, con veladores, bajo un toldo de anchas franjas blancas y rojas. Sobre el ventanal, adosado a la parte alta del muro, un anuncio decorativo con la leyenda: «Vermouth Mussolini». En un chafán, formado entre las líneas del foro y el lateral derecho, puerta que da a la calle. En primer término del mismo lado, otra puerta que comunica con la calle también. Colgado en este lienzo de pared, un almanaque. En el lateral izquierdo, puerta que da paso a las habitaciones que sirven de vivienda a Magdalena, la dueña del café. En sentido paralelo al foro y próximo a él, a la izquierda, largo mostrador, con cafetera de vapor, grifo de cerveza, una máquina registradora, etc. Delante, altas banquetas. En una anaquelera, botellas de diversas clases, copas, vasos y banderitas de colores. Junto al mostrador, en tercer término del lateral izquierda, otra puertecilla para el servicio de aquél. Tres mesas—cubiertas con tapetes de cuadros azules—en el fondo—a continuación del mostrador—, y a derecha e izquierda. Sillas de bar a su alrededor. Forjillo de calle. Es mediodía. Antes de levantarse el telón se oirá al coro, interior, que canta:

¡Magdalena! ¡Magdalena!
¡Qué idea tuvo tan buena!...
¡Magdalena! ¡Magdalena!
...¡Poniendo un bar junto al Sena!

Al aparecer la escena, se hallan: MIMI, detrás del mostrador, de pie, cosiendo una pieza de ropa interior, y HONORATO, que es el único camarero del bar, recogiendo un servicio de la terraza, donde le pagan dos señores, y se van, quedando ocupada otra mesa en la propia terraza, exterior. Dentro del bar no hay ningún cliente.

HABLADO

- HONORATO. *(Entra y va a dejar el servicio en el mostrador.)* Seis francos cincuenta.
- MIMÍ. Traed. No me dejarán concluir. *(Cobra y guarda el dinero en la registradora, marcando.)*
- HONORATO. Debéis comprender, señorita Mimí, que el

- mostrador y el noble oficio de costurera son incompatibles.
- MIMÍ. La dueña del bar no me da lo suficiente para dejar el oficio.
- HONORATO. Paga poco la señorita Magdalena, es verdad.
- MIMÍ. Y yo tengo que pagar el colegio a mis dos hermanas pequeñas.
- HONORATO. ¡Pobre señorita Mimí! Soy sentimental y esas preocupaciones familiares me llenan de lágrimas los ojos. ¿No véis? (*Se limpia los ojos.*)
- MIMÍ. Pero, hombre, si os habéis puesto encima de las cebolletas en vinagre. (*Apartando un frasco que tenía Honorato delante de las narices.*)
- HONORATO. Es verdad. ¡Y yo creyéndome sentimental!
- MIMÍ. Es una muletilla que se os ha pegado de nuestra ama.
- HONORATO. No, por Dios. No confundáis a un adolescente neo-romántico con una vieja loca.
- MIMÍ. ¿Vieja?
- HONORATO. ¡Vieja! ¡Teñida! ¡Recortada! Y... lo que es peor, expoliada por ese sinvergüenza de Fenelón, que nunca recibe dinero de sus padres... ¡Pobre hijo! (*Entran—mientras siguen hablando—, UN PROVINCIANO, por la derecha, que cruza la escena y va a sentarse a la izquierda y KUNO KOBBUS, que llega por el chaflán y viene a sentarse a la derecha. Este último es un alemán, muy rojo, cabello casi blanco de puro rubio, cráneo cuadrado y breve bigote. Lleva en la cabeza una gorra de aviador y en el cuerpo un traje de deportes con vendas en la pantorrillas. Su llegada se anuncia con las repetidas explosiones de una moto.*) ¡Santa Bárbara! ¡Ah!... Es una moto.
- MIMÍ. Creísteis que era el corazón de Magdalena.
- HONORATO. Una cosa así. Y, decidme: ¿le habéis visto a Fenelón algo que justifique esas explosiones?
- MIMÍ. Andad, andad y servid a ese forastero. (*Honorato se acerca al Provinciano.*)
- PROVIN. Un vermut.

- HONORATO. ¿Mussolini o Lenín?
 PROVIN. La nacionalidad me es indiferente.
 HONORATO. Entonces, Cristóbal Colón. (*Mimí lo oye y prepara el servicio.*) Si no tenéis mucha prisa, debéis tomarlo ahí fuera.
- PROVIN. ¿Por qué?
 HONORATO. Porque dentro de un cuarto de hora empezarán a venir los estudiantes y aquí no dejan entrar más que a los de Filosofía. Y vos tenéis cara de...
- PROVIN. Yo soy de Normandía, si señor.
 HONORATO. Conque...
 PROVIN. Un vermut se toma en medio minuto; pero... (*Extrayéndolo del bolsillo*) me traigo aquí un poco de queso y, a lo mejor... (*Levántandose.*) Sí, sí, desde luego, afuera. (*Sale a la calle el Provinciano y se sienta en la terraza, donde le sirve Honorato.*)
- KOBBUS. (*Que lleva un rato dando golpes periódicos con una moneda en la mesa.*) ¡Fraulein! ¡Señóita! (*Se le acerca Mimí.*) Oste hábera notado que yo llama cuatro veces..., y ese áimal no viene.
- MIMÍ. Sin embargo, lo que Honorato decía al otro cliente era interesante para usted.
- KOBBUS. Mucho de interesante.
 MIMÍ. Entonces querrá que le sirvan en la Terraza.
 KOBBUS. No, no, no. Yo toma aquí servesa; cada vez que pega así (*con la moneda en la mesa*) osté me trae un bock.
 MIMÍ. Pero es que aquí, en cuanto vengan los estudiantes no pega nadie más que ellos.
 KOBBUS. ¡Ja, ja, ja, ja!...
 MIMÍ. ¿Se ríe?
 KOBBUS. Yo me quedo sin quijadas riendo. ¡Ja, ja, ja, ja!... Mentira que peguen estudiantes. Filosofía es la ciencia de alargar cuestiones un día y otro día, y despues otro día, antes de pegar.
 MIMÍ. (*Se ha acercado al mostrador, ha llenado un bock de cerveza y se lo ha servido a Kuno Kobbus, el cual se bebe el bock de un solo golpe y, apenas llega Mimí de regreso al mos-*

- trador, la llama con el consabido golpe de moneda sobre la mesa.) Voy. (Llena otro bock y lo canjea por el vacío, dejando, claro está, un nuevo fieltro ante Kobbus.) ¿Usted no es filósofo?
- KOBBUS. ¡Con ideas propias! Dicen que para guardar secretos las *muqeres* son como un baúl sin... sin...
- MIMÍ. Sin fondo. (*Bebe Kobbus.*)
- KOBBUS. ¡Eso es! Pues yo creo que es lo contrario; que como *muqeres* no cuenta secretos nada.
- MIMÍ. (*Aparte.*) Está loco.
- KOBBUS. Yo voy a decirle quién soy. (*Se pone en pie y se cuadra para decir:*) Kuno Kobbus, mayor general de caballería bávara, agregado a la instrucción general de las tropas de Su Majestad el Khan de Koralia. (*Se sienta.*)
- MIMÍ. ¿Del Khan de Koralia?
- KOBBUS. Sí, señorita. Entre los estudiantes de Filosofía de la Sorbona está de incógnito desde hace seis años Su Alteza Real el príncipe Edhem de Koralia, heredero del trono. Yo vengo a buscarlo.
- MIMÍ. ¿Es posible?
- KOBBUS. Completamente posible. Por eso yo me estará aquí hasta encontrarlo... y me jugará la vida por llevármelo.
- MIMÍ. Aquí vienen todos y no hemos podido adivinar...
- KOBBUS. El príncipe Edhem es un *coven* de veintitrés años...
- MIMÍ. De esa edad son todos.
- KOBBUS. El príncipe Edhem es un *coven moy cuapo*.
- MIMÍ. A los veintitrés años casi todos son *guapos*.
- KOBBUS. El príncipe Edhem es de un color moreno y pálido... es un árabe de pura raza.
- MIMÍ. ¿Cómo? ¿Qué dice usted? (*Aparte.*) ¡Dios mío! (*A Kobbus.*) ¿Es alto o pequeño? ¿Grueso o flaco?
- KOBBUS. El príncipe Edhem... ¡yo no le conozco! ¡Ja, ja, ja! (*Pega con la moneda y en ese momento entra por el foro HONORATO.*)
- MIMÍ. (*A Honorato.*) ¿Has oído?

- HONORATO. Parece que llama a martillazos.
 MIMÍ. Pues a cada martillazo, le llevas un *bock* y le cobras un franco. (*Así lo hace ahora Honorato.*)
- HONORATO. Y ¿quién es?
 (Kuno Kobbus tira de periódico y lee. Entra por la derecha FENELÓN, «joven» de unos cuarenta y cinco años, vestido con exagerada sujeción a la moda. Se cubre con una gorra de visera y lleva debajo del brazo un grueso libro.)
- FENELÓN. ¡A ver, tú! ¡O tú! Un Whisky... Venga... De prisa. ¿Qué hora es? ¿Y la foca? ¡El whisky! ¡Venga! (*Bebe.*) ¡Adiós! (*Medio mutis.*)
- HONORATO. Pero ¿dónde vais con ese tren?
 FENELÓN. Un tren ¿eh? (*Mirando el libro.*) ¡Menudo tren! (*Le enseña el lomo.*) Mira.
- HONORATO. «Metafísica comparada».
 FENELÓN. Con parada y fonda. ¡Siete veces me han suspendido!
- MIMÍ. Pero la Metafísica ¿no es a las diez y media?
 FENELÓN. ¡Claro! ¿Y qué hora es?
 MIMÍ. Las doce menos cuarto.
 FENELÓN. Entonces... puede que no llegue. ¿Y la foca?
 HONORATO. ¿La foca decís?
 FENELÓN. ¿Es ofensivo?
 HONORATO. Es fotográfico; pero...
 MIMÍ. No correspondéis a lo mucho que os ama.
 FENELÓN. ¿Que no correspondo? A estos almuerzos de tres francos cincuenta, ¿quién les iba a meter el diente si no me los comiera yo?
- HONORATO. Pero no pagáis ni un céntimo.
 (*Entra MAGDALENA por el fondo.*)
- FENELÓN. ¡Digo! ¡Magdalena!
 MAGDA. ¡Feneloncito! ¿Qué dices?
 (*Kobbus pega un nuevo porrazo con una moneda. Acude Honorato y le sirve otro bock. Los fieltros van subiendo.*)
- FENELÓN. ¿No lo oíste, suspiro mío?
 MAGDA. (*Acercándose.*) No lo oí, tormento de mi alma.
- FENELÓN. ¡Qué lástima, desvanecimiento de mi imaginación! (*Poniéndola el brazo por el cuello y atrayéndola hacia sí.*)

- MIMÍ. Los idilios... en el interior.
- FENELÓN. Si no es idilio: es elegía.
- MAGDA. Y ¿qué elegías tú de mi cabeza?
- FENELÓN. Hija: no hay donde elegir... todo es oxígeno. (*Quitándola el sombrero.*)
- MAGDA. ¡Tonto! ¿Has almorzado ya?
- FENELÓN. Es temprano.
- MAGDA. ¿Tienes tabaco?
- FENELÓN. Sí.
- MAGDA. ¿Te has probado el traje nuevo?
- FENELÓN. Ahora voy al sastre.
- MAGDA. Que no quiero que te falte nada, vidita.
- FENELÓN. (*Ruborizándose.*) ¡Ay!
- MAGDA. Llámame tu vidita... ¡anda!
- FENELÓN. ¿Cómo voy a llamarte vidita, si para mi eres la gran vida?
- MAGDA. ¡Si vieras lo contenta que estoy!... Vengo de ver al señor Tricot, al general Carré y a la duquesa de la Grand=Doumont. Lo que es este año no hay quien me quite el cetro.
- FENELÓN. ¿Hay concurso de gordas y maduras? (*Aparte a Mimí.*)
- MAGDA. Tú mismo me incitaste para que me proclamaran reina de la Mi=Careme.
- FENELÓN. ¡Ah! ¡De la Mi=Careme!
- MAGDA. Pues... esa gallina ya está en la talega. La duquesa, que es una señora muy seria, me ha asegurado que la reina soy yo.
- MIMÍ. ¡Qué alegría! ¡Con lo que lo deseáis! (*Sale Honorato a la terraza a recoger el servicio del provinciano que se va.*)
- MAGDA. El año pasado me quedé en puerta.
- MIMÍ. Colette se movió mucho... y os venció.
- MAGDA. Se movió, se movió... ¡la movieron! ¡La influencia de su protector!
- FENELÓN. Pues como haya que moverte a ti, no cuentas conmigo. (*Medio mutis.*)
- MAGDA. ¿Te vas?
- FENELÓN. Vuelvo en seguida. Voy a dar la hora en Metafísica.
- MAGDA. ¡Y al sastre!
- FENELÓN. También. (*Dudando.*) A Metafísica estaba por no ir.
- MAGDA. Pero al sastre...

- FENELÓN. Al sastre no le faltó yo ni con el pensamiento. Me está haciendo un chaqué que, en cuanto me lo veas, me pones de almorzar... algo digno de un dios.
- MAGDA. Tocino del cielo y cabello de ángel.
- FENELÓN. Vamos, anda: ¡cocido! (*Mutis por la derecha.*)
- MAGDA. ¡Ay! Tiene un no sé qué...
- MIMÍ. Yo tampoco sé lo que tiene, la verdad.
- MAGDA. ¡Quién!... (*Alarmada.*)
- MIMÍ. No se puede ver a éste sin pensar en su inseparable.
- MAGDA. Y ¿se te ha declarado ya el inseparable?
- MIMÍ. ¡Ay, no señora! El pobre Octavio lleva unas semanas con tan poco dinero... que come al fiado y no se atreve a hablarme de amor. (*Kobbus da un golpe de moneda.*) ¡Honorato! (*Entra éste de la calle.*)
- HONORATO. ¿Qué? ¿El alemán? (*Mimí le da otro bock preparado.*) Pues ahora verá él lo que es bueno. ¡Toda la Sorbona viene calle arriba! ¡Lo mantean! (*Mutis de Magdalena por la izquierda.*)

MUSICA

(*Entran por las dos puertas del bar, en juvenil barullo, dos grupos de ESTUDIANTES, muchas y muchachos, entre los que figuran JULIETA—una chica feucha, hombrunamente vestida en ciertos detalles, con gafas y un canotier del año de la guerra... de Crimea—; LUCILA, que es una joven «garçonne», bella y sugestiva; ALFREDO, MARIO y ARMANDO.*)

- CORO. ¡Salud! ¡Salud, Mimí!
- MIMÍ. Señores, bienvenidos.
(*Aparte.*)
No viene Octavio aquí.
(*A ellos, saliendo de detrás del mostrador.*)
- CORO. ¡Salud! ¡Salud, amigos!
¡Mimí! ¡Musa ideal
del establecimiento!

- MIMÍ. ¡Por Dios! Un madrigal
 se vuela con el viento.
CORO. Un estudiante de París te adora.
MIMÍ. Un estudiante, pero yo no sé
 cuál entre todos es el que me quiere,
 porque ninguno me juró su fe.
CORO. Entre nosotros adorada eres.
MIMÍ. Entre vosotros soy feliz quizás,
 porque comparto vuestras alegrías,
 ya que las mías no las vi jamás.
 ¡Estudiante! ¡Estudiante!
 ¡Qué alegría cuando vienes!
 ¡Qué tristeza si te vas!
CORO. ¡Costurera parisiense!
 Con la risa de tu boca,
 ¡qué entusiasmo tú nos das!
 (*Los estudiantes rodean a Mimí.*)
MIMÍ. (*En el centro del grupo.*)
 ¡Estudiante!
 ¡Estudiante!
MIMÍ. ¡Con tu lábaro triunfante
 lograrás que un nuevo día
 nos alumbre nueva luz;
 porque tienes, estudiante,
 travesura, bizarría,
 esperanza y juventud!
 ¡Loca juventud!
 ¡Novia del amor!
 ¡Sol del porvenir!
 ¡Fuente de ilusión!
 ¡No desmayes sin que veas
 realizada tu misión!

Los estudiantes son los nuevos forjadores
del ideal que salvará la grey humana;
pues de sus filas, temblorosas de entusiasmo,
han de formarse las legiones de mañana.
En su hermandad no reconocen más penden=
que las batallas del amor y del saber. [cias
¡Los estudiantes son los nuevos forjadores
del ideal que está empezando a florecer!

MIMÍ.
TODOS.

 ¡Estudiante!
 ¡Estudiante!
 Con tu lábaro triunfante, etc.

HABLADO

- ALFREDO. ¡Viva Mimí, la reina de los estudiantes!
 TODOS. ¡Viva...!
 MARIO. ¡La que nos fía el vermut!
 ARMANDO. ¡La que nos presta el *whisky*!
 (*Mimí sirve en el mostrador a todos, auxiliada por Honorato.*)
- MAGDA. Muy bonito... La que os fía, la que os presta... ¡La reina...! Y yo entonces, ¿quién soy?
 ALFREDO. ¡La reina madre!
 (*Risas generales. Por la derecha llega FENELÓN apresuradamente y sin el libro.*)
- FENELÓN. ¡A ver! ¡Paso! ¡Una cama! ¡Un sillón!
 MAGDA. ¿Qué te ocurre?
 FENELÓN. Que lo he pescado...
 MAGDA. ¡Ay, ay! ¿El morbo? ¿El tifus?
 FENELÓN. Cuando yo digo pescar es en serio. ¡El pez más pez de la Universidad!
 (*Por la derecha, entran dos BARQUEROS conduciendo a MOISÉS, que viene desmayado y verdaderamente hecho una sopa. Todos ayudan a poner una silla a la izquierda, abrir paso, etc., etc.*)
- MIMÍ. ¡Moisés!
 JULIETA. ¡Infelice!
 LUCILA. ¡Pobre chico!
 (*Kuno Kobbus que, por cierto, tiene ya una pirámide de fieltros, se acerca a examinar al paciente, consulta un retrato con su rostro y se vuelve tranquilo a su puesto, donde sacude un nuevo porrazo para que le sirvan.*)
- MIMÍ. Aquí, sentadle aquí.
 ALFREDO. Hay que hacerle la respiración artificial.
 FENELÓN. (*A Magdalena.*) Anda, tú.
 MAGDA. ¿Yo?
 FENELÓN. Tú, que haces artificial hasta la ternera.
 (*Moisés suelta un chorro de agua.*)
- ALFREDO. ¡Agua va!
 FENELÓN. ¡La que ha tragado!
 (*Dos estudiantes le hacen mover los brazos a Moisés.*)
- JULIETA. Y ¿qué ha sido?
 FENELÓN. No sé. Como es tan miope se ha debido caer desde el muelle. Y si no paso yo por

- allí y les doy a estos hombres dos francos, para que lo salvaran de las aguas, a estas horas nos hemos quedado sin Moisés. ¡Callad!
- MIMÍ. ¡Que vuelve!
(*Moisés echa otro chorro de agua.*)
- FENELÓN. ¡Que vuelve a espurrrear!
MOISÉS. (*Estornudando.*) ¡Atchís!
- MAGDA. ¡Jesús! (*Pausa. Moisés se sacude el agua como un perro y se pone de pie, mirando siniestramente a su alrededor. Indicándole a Fenelón.*)
¡Abraza a tu salvador!
- MOISÉS. ¡Bribón! ¡Canalla! ¡Inhumano! (*Anda a grandes pasos detrás de Fenelón, que le huye.*)
- FENELÓN. ¿Qué dices, Moisés?
- MOISÉS. Que si eres tú el asesino que me has salvado la vida...
- FENELÓN. ¡Y no me das las gracias!
- MOISÉS. Te pagaré en la misma forma cuando estés tan desesperado como yo.
- ALFREDO. ¡Ah! Pero, ¿fué un suicidio?
- MOISÉS. No lo fué, por culpa de ese mal compañero, a quien no sé cómo no retuerzo el gañote. (*En un ataque de ira se arranca sobre Magdalena, que chillá y se defiende.*)
- MAGDA. ¡Ay! ¡Ay!
- MIMÍ. ¡Moisés!
- LUCILA. ¡Por Dios!
- MOISÉS. (*Después de sacar unas gafas del bolsillo y de ponérselas.*) ¡Andal! ¡Si es la ballena!
- ALFREDO. Tu salvador es Fenelón, el Viejo.
- MOISÉS. ¡Maldito sea su corazón! (*Se arroja sobre Fenelón, pero varios le contienen.*)
- FENELÓN. ¡Eh, eh...! ¡Cuestiones, no! (*A los barqueros.*) Ustedes me cogen a ese pollo y me lo echan otra vez al río. (*Los barqueros se adelantan.*) ¡Ah! ¡Y me devuelven los dos francos! (*Los barqueros retroceden.*)
- MOISÉS. Vamos allá...
- MAGDA. ¡No! (*A los barqueros.*) Ustedes beban lo que gusten y se van a su obligación. (*Los barqueros se acercan al mostrador, donde Mimí les sirve una copa, y se van por el chaflán. Con ellos hacen mutis parte de los estudiantes.*)

- MOISÉS. ¡Dos francos por una vida!
 FENELÓN. No tenía más.
 MOISÉS. Si me parece carísima. Una vida de desilusión, de amargura, de inopia, de...
 MAGDA. Y ¿por qué estás tan desesperado?
 MOISÉS. ¿No lo sabe usted, Magdalena? Yo era un sujeto feliz, que soñaba con un título de doctor y con una esposa como Colette...
 MAGDA. ¡No era mala chica!
 MOISÉS. No era mala, no, señora; pero la proclamaron en la Mi-Careme; se echó un amigo viejo y rico; me volvió la espalda, que por primera vez llevaba escotada; se lanzó a la disipación, y, desde que Colette me dió aquellas calabazas, mi obsesión era tirarme al río. ¡Atchís!
 MAGDA. Quítate esa ropa, que está chorreando.
 MOISÉS. Señora, ya que ese infame me ha evitado la asfixia por inmersión, no me privéis de esta benemérita pulmonía doble que debo estar cogiendo. *(Se sienta.)* ¿Habrá corriente aquí?
 FENELÓN. No, hijo, descuida.
 MOISÉS. Pues que abran.
(Entra NARCISÍN por el chaflán y se dirige al mostrador, hablando en reserva con Mimí. Es un caballero sesentón, elegantísimo y muy pulcro.)
 JULIETA. Pero, ¿no hay modo de que se cambie de ropa?
 ALFREDO. Ya lo creo: yo le doy mi chaqueta.
 MARIO. Y yo el chaleco.
(Ambos se preparan para desvestirse.)
 FENELÓN. Y yo los panta... *(Las chicas estudiantes y Magdalena prorrumpen en un grito de horror.)*
 ¡Qué barbaridad! ¡Vaya un éxito! Estas son las que luego se entusiasman con el Apolo de Belvedere.
 JULIETA. Pero tú no eres un Apolo.
 LUCILA. Eres un Adán.
(Narcisín, que ha concluído de hablar con Mimí, viene a sentarse a la mesa del primer término de la izquierda y da unas palmadas para que le sirvan.)
 HONORATO. ¡Va...!

- FENELÓN. ¿Cómo se entiende? ¿Un intruso en el bar?
 ¡Intolerable!
- ARMANDO. *(Deteniendo a Honorato que iba a servir a Narcisín.)* ¡Quieto!
- FENELÓN. Hay que echarle a patadas.
- ALFREDO. Pero, por sorteo, porque ese es de los que llevan revólver.
- FENELÓN. ¿Revólver? ¡Dejádmelo a mí! *(Se levanta, se llega a Narcisín, y le dice:)* Señor... *(Pero en seguida retrocede un paso, se quita las gafas y se las guarda en el bolsillo, volviendo a avanzar.)*
- MOISÉS. *(Poniéndose en pie.)* ¿Qué queréis?
- NARCISÍN. Una comisión de... habituales del establecimiento, os invita respetuosamente a que salgáis de él.
- MOISÉS. ¿Qué decís?
- NARCISÍN. ¡Que aquí no se admite más que gente joven y optimista!
- MOISÉS. ¡Muy bien! Pues usted perdone... Me había citado Cocó: pero volveré. No hay que disgustarse, jovencito. Adiós. ¡Muy buenos días! ¡Adiós! ¡Adiós! *(Se va por el chaflán, repartiendo sombrerazos a derecha e izquierda.)*
- NARCISÍN. Pero, ¿qué hay que hacer para que se liven golpes con uno?
- MOISÉS. Eso mismo que has hecho: despejar... Pero en otra forma. Chico, es que con esa amabilidad tuya se van sin replicar hasta las moscas.
- FENELÓN. ¡Ah! ¿Sí? *(En esto, se fija en Kuno Kobbus y se echa hacia atrás como para coger carrerilla.)* ¡Echarse a un lado! *(Kuno Kobbus se pone de pie, cual movido por un resorte, da media vuelta sobre los talones y, con paso militar, hace mutis por la primera derecha, en cuanto Moisés inicia su avance.)* ¡Maldita sea mi suerte!
- MOISÉS. ¡Ay! He pasado dos sustos. *(Saliendo del mostrador y viniendo al centro de los grupos.)* Ese... viejo tan repulido... es el protector de Colette.
- MIMÍ. ¿De Colette?
- MOISÉS. Que por lo visto le ha citado aquí.
- MIMÍ.

- MOISÉS. ¡Colette! (*Almibarado.*)
MIMÍ. Y ese... (*Señalando la mesa de Kobbus a la vez que suena una moto que se aleja.*) ese de la moto, es uno que viene, según dice, buscando a un príncipe de Oriente que se halla de incógnito entre los estudiantes.
- FENELÓN. ¡Caracoles! (*Se va hacia la puerta.*)
LUCILA. ¿Un príncipe entre los estudiantes?
ALFREDO. Hay que cazar a ese hombre.
FENELÓN. (*En la puerta.*) Menudo paso lleva.
MOISÉS. Debe de ser un loco.
JULIETA. ¡Oh! En las aulas sapientes de la Sorbona un príncipe ha sentado sus reales...
- FENELÓN. ¡Chst...! ¡Cierra el gas!
LUCILA. ¿No suponéis quien es?
MOISÉS. ¡Es una fantasía!
MARIO. Ya nos lo contaréis. ¡Hasta luego!
(*Se van por las dos puertas Mario, Alfredo, Armando y todo el coro, menos la mitad de los estudiantes, representados por segundas tiples.*)
- MOISÉS. ¡Atchís!
FENELÓN. A este hombre hay que abrigarlo.
MOISÉS. ¡Y dale, bola! ¡Qué empeño tienes en cuidarme! Y ahora que estoy sintiendo unos escalofríos... ¡que son una delicia!
- FENELÓN. Pero, ¿no has oído, boticario en agraz, que va a venir Colette de un momento a otro?
(*Como antes.*) ¡Colette!
FENELÓN. Pues... hablando se entiende la gente.
MOISÉS. ¿Tu crees que se ablandará hablando?
FENELÓN. ¡Naturalmente! Pero si, en vez de hablarla, la estornudas, ¡hazte cargo!
- MOISÉS. ¿Y no habrá quien me deje un terno presentable?
MAGDA. Como en casa no hay ningún hombre, no se guarda más traje que el que llevaba mi abuelo en la batalla de Waterloo.
- MOISÉS. Pues ese mismo. No creo que la batalla se perdiera por culpa del trajecito. ¡Atchís!
- MAGDA. Entonces, ven. Mimí, ¿subes conmigo? Habrá que darle un poco de bencina.
- MOISÉS. ¡Atchís! ¡Atchís! ¡Atchís!
(*Mutis por la izquierda de Moisés, Mimí, Magdalena y Honorato.*)

- JULIETA. *(Misteriosamente.)* ¿Habéis notado cómo cambió Moisés la conversación?
- LUCILA. Y, ¿qué supones?
- JULIETA. ¡Que el príncipe es él!
- FENELÓN. ¿Ves? Este es tu defecto. ¡Que tienes mucha nariz! Para una jovencita soltera es demasiada. *(Aparece OCTAVIO en la puerta de la derecha, seguido por la otra mitad de los estudiantes, representados por segundas tiples.)* ¡Gracias a Dios! ¡Octavio!
- OCTAVIO. ¡Salud!
- FENELÓN. ¿Hubo carta?
- OCTAVIO. Ninguna.
- FENELÓN. Pero, entonces...
- OCTAVIO. ¡Ni un franco!
- FENELÓN. Y ¿qué hacemos sin dinero?
- OCTAVIO. ¡Gozar de la vida!

MUSICA

Servil dinero. ¡No lo quiero!
 Sólo el nombrarlo me exaspera.
 ¿Yo para qué quiero el dinero,
 cuando estoy en París y es primavera?

- Me regalan sus olores
 las flores;
 me embriago en la alegría
 del día...
- Y me ofrecen sus amores
 las mujeres,
 cuyos labios no he besado
 todavía.
- ESTUDIANTES. ¡Flores! ¡Mujeres!
 Amor quizás...
 ¿Para qué quieres
 tener ya más?
- OCTAVIO. ¡Flores! ¡Mujeres!
 Y un solo amor.
- ESTUDIANTES. Son los placeres
 de un gran señor.

OCTAVIO.

¡De un gran señor!
 La alegría de París
 es la misma del champán;
 que enardece a la mujer
 ¡para hacerla enloquecer
 en los brazos de un Don Juan!

La alegría de París
 es caudal de juventud:
 ¡es la audacia en libertad,
 los alardes de amistad
 y el derroche de salud!

Sin dinero todo es mío,
 y me río.
 No he de dar mi carcajada
 por nada.
 Que, entre todas las riquezas,
 no hay millones
 comparables a un tesoro
 de ilusiones.

ESTUDIANTES.

La alegría de París
 es la misma del champán;
 que enardece a la mujer,
 ¡para hacerla enloquecer
 en los brazos de un Don Juan!

OCTAVIO.

Es la loca juventud,
 la insolencia y el valor;
 y es la risa a flor de piel
 ¡que parece un cascabel
 que se burla del amor!

H A B L A D O

FENELÓN.

Se te convida a una Ginebra. *(Se acerca él mismo al mostrador y echa el líquido de un frasco en una copa.)*

OCTAVIO.

Gracias.

FENELÓN.

¿La quieres sola?

OCTAVIO.

Sí.

(Fenelón le trae la copa.)

- JULIETA. Nosotras nos vamos a almorzar.
 FENELÓN. Andad, andad con Dios.
 OCTAVIO. Y tú y yo, ¿qué hacemos?
 FENELÓN. Almorzar también. ¡Yo te convidó!
- JULIETA. Adiós, Octavio.
 VARIOS. ¡Adiós!
(Van saliendo, por las dos puertas, todos, menos Octavio y Fenelón.)
- LUCILA. Oye, Fenelón. ¿Vas a entrar esta tarde en Griego segundo?
- FENELÓN. Esta tarde entro en Griego y en Chino.
 LUCILA. Pues en cuanto almorcemos, aquí estamos.
 JULIETA. Hasta luego.
 OCTAVIO. ¡Adiós!
(Acaban de salir todos.)
- FENELÓN. *(Poniéndose en pie, respetuoso.)* ¡Señor!
- OCTAVIO. ¡Calla!
- FENELÓN. ¡Señor! *(En voz baja.)* O nos mandan dinero de Koralia o nos vamos a Koralia andando.
- OCTAVIO. Te preocupas por poco, mi buen Ahmed.
 FENELÓN. ¡No me he de preocupar! Siete semanas sin recibir nuestra consignación.
- OCTAVIO. Estará enfadado mi abuelo porque no le escribo.
- FENELÓN. Pero, ¿y yo? ¿No envió al Soberano, vuestro agosto abuelo, relación mensual detallada de la marcha de vuestros estudios... y de vuestros gastos? ¿Cómo ha de suponer Su Majestad el Khan que un Príncipe joven y su mayordomo pueden resistir en París cincuenta días con veinticinco céntimos?
- OCTAVIO. Y resistimos. *(Riendo.)*
- FENELÓN. ¡Con vilipendio! Explotando yo el amor de esa foca con faldas. *(Octavio se sigue riendo.)* No. No os riáis, señor. Yo he sido un servidor de la Monarquía y por ella me he batido con los kurdos; pero no creo que un servidor esté obligado a casarse con un caimán... Si no viene pronto el dinero, la tengo que dar palabra de matrimonio o perezco de hambre. Y no me queda el recurso de tirarla un bocado, porque lo interpreta como un signo de afecto y la enredamos.

- OCTAVIO. Pero, ¿y la ilusión de una vida inquieta, llena de pequeñas preocupaciones?
- FENELÓN. Intolerable. Estar al lado del Príncipe heredero de Koralia, uno de los más fastuosos de Oriente, y andar a golpes para cazar una patata frita...
- OCTAVIO. Pero esta bohemia, ¿no te entusiasma?
- FENELÓN. A mí, no me disgusta la bohemia; pero me gusta más el fausto.
- OCTAVIO. Por pasar inadvertido entre la multitud, por vivir como vivimos, seis años sin que nadie sospeche nuestra condición, se puede dar... media vida.
- FENELÓN. Se puede dar algo más.
- OCTAVIO. ¿Lo ves?
- FENELÓN. Se puede dar el caso de que a estas horas sepa todo el mundo lo que creéis tan secreto.
- OCTAVIO. ¿Lo has contado, bribón?
- FENELÓN. Ya sabéis, señor, que yo soy más reservado que un camello. Anda por ahí un tío con una moto propalando que os busca y... (Irritado.) Pues bien: si se sabe que ese príncipe que buscan soy yo, en cuanto lleguemos a Koralia, serás decapitado.
- FENELÓN. Señor... ¡No perdamos la cabeza! ¿Por qué os empeñáis en el incógnito?
- OCTAVIO. Porque amo... ¿No lo sabes? Porque la mujer que quiero y que deseo es una joven buena y sencilla, a la que no se podría deslumbrar con mis riquezas...
- FENELÓN. Yo os aseguro que Mimí, en cuanto sepa quién sois, os pide un piso.
- OCTAVIO. Pero eso sería lo vulgar entre príncipes. Lo que no ha disfrutado ninguno de mi casta es un noviazgo de estudiante con...
- FENELÓN. Con la cajera del bar.
- OCTAVIO. Con una costurerilla del barrio latino. Eso es Mimí. (*Sale MIMÍ por la izquierda, trayendo una bandeja con platos y vasos.*) ¡Mimí!
- FENELÓN. ¡Vienes a tiempo!
- MIMÍ. ¿Qué queréis?
- FENELÓN. Verás... Octavio tiene que decirte una cosa.
- OCTAVIO. No... Nada. (*Aparte.*) Calla ahora.
- MIMÍ. ¿Has almorzado?

- FENELÓN. No.
 OCTAVIO. ¡Sí!
 MIMÍ. Es que... La señorita Magdalena convida a Fenelón.
 FENELÓN. Porque es muy dueña.
 MIMÍ. Y Fenelón... te convida a ti. Voy a preparar la mesa. (*Se dirige a la mesa del primer término de la derecha.*)
 FENELÓN. Ya te lo dije antes, Octavio.
 OCTAVIO. Yo ya he almorzado.
 MIMÍ. No mientas, Octavio.
 FENELÓN. Engañar a una mujer es una tontería.
 MIMÍ. ¡Engañar a una mujer es una villanía! (*Ha-ce mutis por la izquierda, después de dejar preparada la mesa.*)
 OCTAVIO. (*Que se ha sentado a la mesa, con Fenelón.*)
 ¡Esto es divino!
 FENELÓN. Señor, en cuanto os deje almorzando me voy a ver si doy con el tío de la moto, porque, como cometa alguna indiscreción, me decapitáis. ¿No es eso?
 OCTAVIO. Exactamente.

MUSICA

- COLETTE. (*Apareciendo por la derecha con ocho MIDINETTES, que traen al brazo cajas de fantasía.*)
 Ayer
 era yo una mujer
 que esparcía, al volar
 de mi casa al taller,
 sutil
 inocencia infantil,
 cimbreado la flor
 de mi cuerpo gentil.
 Y yo
 cuando alguno me habló
 sin palabra formal,
 le decía que no,
 y en vez
 de pescar un buen pez
 le solía decir
 esta ridiculez:

MIDINETTES.
COLETTE.

«Mi corazón
es una rosa abierta
que no dará
su aroma embriagador,
si el ser feliz
que llame en esta puerta
no viene y llama
en nombre del amor».
¡Del buen amor!

Mas hoy
ya se ve que no soy
la muchacha que fui
por el tren con que voy.

Crecí
y al instante aprendí
que el amor ideal
no era plan para mí.

No sé
yo decir cómo fué,
pero el caso es que ya
nuevo rumbo tomé

y amor
me parece una flor,
un adorno vulgar
que no tiene valor:
«Mi corazón
es una rosa abierta,
que no dará
su aroma embriagador,
si el infeliz
que llama en esta puerta
no trae en la mano
un cheque al portador».
¡Eso es amor!

MIDINETTES.

HABLADO

COLETTE. Chicas, tomad lo que queráis, que no veo a Narcisín. (*Dando palmadas.*) Pero, ¿aquí no hay quien sirva? (*Las midinettes se acomodan en los asientos altos, junto al mostrador.*)

FENELÓN. Aquí hay quien sirva, según para qué. ¡So fea!

- COLETTE. *(A Octavio.)* ¿Cuándo va a ser formal este anciano?
- OCTAVIO. Cuando tú vuelvas a ser aquella que cor-
taba margaritas con Moisés.
- COLETTE. ¡Con Moisés! ¡Qué tonto!
- OCTAVIO. ¡Mujer!...
- COLETTE. ¡Qué! ¿No está calado?
- FENELÓN. Hasta los huesos. *(Sale MIMÍ con el al-
muerzo para Octavio y Fenelón.)*
- COLETTE. Pero Mimí, ¿también de camarera?
- MIMÍ. Hay que ayudar un poco a Honorato. Está
dándole friegas a Moisés...
- COLETTE. ¡Y dale con Moisés!
- FENELÓN. Pues, cuidado; porque le falla otro suici-
dio como el de hoy, y empieza a ensayar
crímenes pasionales.
- OCTAVIO. Pero, ¿se ha querido matar?
- COLETTE. Es un idiota.
- FENELÓN. Ya te contaré.
- COLETTE. Bueno, chicas; os voy a servir yo misma.
¡Que no se me caerá ninguna gran cruz!
*(Se acerca al mostrador y entrega a las mi-
dinettes una botella.)*
- MIDINET. 1.^a A mí... *Cointreau.*
- COLETTE. Si, venid con exigencias. Lo primero que
coja. *(A Mimí, dejando a las chicas y vi-
niendo a primer término.)* Oye, tú. ¿Ha pre-
guntado por mí algún pollito?
- MIMÍ. ¿De unos sesenta y cinco años?
- COLETTE. ¡Narcisín! ¿No le conoces?
- MIMÍ. ¿Ese es Narcisín?
- COLETTE. ¡Pobrecillo! Diez y ocho mil quinientos fran-
cos le cuesta la salida de hoy. ¡Todas esas
cajas!
- MIMÍ. Pues ha venido, sí. Ahí se sentó. *(A la iz-
quierda.)* Pero lo echó Moisés.
- COLETTE. ¿Moisés?
- MIMÍ. Como lo oyes.
- COLETTE. ¿Y Narcisín se fué?
- MIMÍ. Como un borreguito.
- COLETTE. Le quitas años. *(Dirigiéndose a la derecha
y fijándose en el almanaque.)* Pero vivís con
un día de retraso. *(Escuelga el almanaque,
viere con él a primer término y arranca una*

- hoja.) ¿A ver? (*Lee.*) «Tortilla al ron». ¡Uf!
 ¡Una receta! (*Arranca otra hoja.*)
- FENELÓN. Oye, tú: que nos has adelantado la hora.
 (*Se acerca a ella.*)
- COLETTE. (*Lee.*) «Jeroglífico»
- OCTAVIO. ¿A ver? (*Levantándose.*)
- COLETTE. Toma. Yo, hasta que encuentre versos.
 (*Quita otra hoja.*)
- MIMÍ. ¿Versos? (*Acercándose también, interesada.*)
- COLETTE. Sí. Suele venir aquí cada poema... (*Arran-
 cando otra hoja que Fenelón le arrebató y lee.*)
- FENELÓN. Trae. (*Leyendo.*) «A la Pompadour».
- COLETTE. ¿Lo ves? ¡A la Pompadour! ¿A que es un
 madrigal versallesco?
- FENELÓN. «Chuletas a la Pompadour».
- COLETTE. ¡Anda a paseo! (*Despega una nueva hoja
 y exclama:*) ¡Eureka!
- MIMÍ. ¡Bonito has puesto el bar!
- COLETTE. ¡Oído al parche! (*Se reúnen a su alrededor
 todos los de escena.*)
- Mujercitas, alondras
 que a la luz plateada
 de la nueva alborada
 suspiráis por el sol.
 Mujercitas, alondras
 que voláis a la fuente,
 a la luz incipiente
 del dorado arrebol.
 Mujercitas, alondras
 del amor y el ensueño...
 ¿Dónde os lleva el empeño
 de soñar y de amar?
 ¿No sabéis que en la fuente
 del amor hay un caño
 donde mana el engaño...
 y el olvido a la par?
 Mujercitas, alondras:
 cuando el sol, joven, arde,
 recordad que a la tarde
 morirá en un alcor.
 Y, al volver a la fuente
 del amor, desde el nido,
 que se bebe el olvido
 a la vez que el amor.
 ¡Uy, qué preciosísimo!

- OCTAVIO. Mujercitas, alondras del amor y el ensueño...
- MIMÍ. No está mal.
¿Dónde os lleva el empeño de soñar y de amar?
- COLETTE. ¡Ay! A mí me lleva a la ruina porque si se me impacienta Narcisín... ¡Chicas! Vamos, que nos hemos entretenido demasiado. (A MIMÍ.) ¿Cuánto es esto?
- MIMÍ. Treinta francos con ochenta.
- COLETTE. Toma. (Le paga, y MIMÍ registra el pago en la caja, marchándose después por la izquierda.) Oye. (A FENELÓN.) Haz el favor. (Entregándole una factura.) Pon ahí... «Ochenta francos con treinta».
- FENELÓN. ¡Atiza! (Escribe.) Y ¿por qué concepto? (Mutis de MIMÍ por la izquierda.)
- COLETTE. Pon... «gastos de entretenimiento».
- FENELÓN. Toma. (Le devuelve la factura.)
- COLETTE. Gracias. ¡Las fatigas que me cuesta ganarme la vida!
- FENELÓN. Es verdad. ¿Qué? ¿A buscar a ese hombre?
- COLETTE. A buscarle.
- FENELÓN. Pues... ¡Andando!
- COLETTE. Y tú ¿adónde vas?
- FENELÓN. ¡A lo que tú! A buscar... (A OCTAVIO.) ...¡a ese hombre!
- COLETTE. Gracias, Artagnán. (Con una reverencia.)
- FENELÓN. No hay de qué, Lupercia. (Con otra reverencia.)
- COLETTE. Hasta la esquina, ¿eh?
- FENELÓN. Hasta la esquina. (Se cogen del brazo.) Dos sinvergüenzas de nuestro tamaño no caben en la misma calle. (Mutis por el chaflán, seguidos por las midinettes.)
- OCTAVIO. Adiós. (Sale MIMÍ por la izquierda, con su sombrero de calle.) ¿Te vas, MIMÍ?
- MIMÍ. ¿Necesitas algo? Tienes ahí hasta postre. No tardará en bajar Honorato...
- OCTAVIO. Necesito mirarte: eso es todo.
- MIMÍ. Perdona; pero... tengo que almorzar... en mi casa.
- OCTAVIO. Mira: la Providencia ha dispuesto aquí dos cubiertos... Y el otro comensal se fué.
- MIMÍ. Gracias. Ya debías saber que yo estoy edu-

- cada muy a la antigua. Como sola en mi casa, donde vivo sola.
- OCTAVIO. Pero, ahora...
- MIMÍ. El salir a almorzar me sirve de pretexto para ir a entregar mi costura... Guárdame el secreto: Magdalena se enfadaría y de esta pequeña escapatoria de cada día depende la educación de dos pobres huérfanas.
- OCTAVIO. (Emocionado.) ¡Mimí!
- MIMÍ. Mis hermanas.
- OCTAVIO. Eres digna de encontrar en tu camino un príncipe como en los cuentos de hadas.
- MIMÍ. ¡Ah, los cuentos de hadas! En este siglo, cuando los príncipes tropiezan con una muchacha pobre y honrada, pasan, se saludan... y nada más.
- OCTAVIO. O se aman.

MUSICA

- MIMÍ. Ella acaba llorando
cuando se aman,
si quiere seguir siendo
mujer honrada.
Yo no quisiera llorar...
- OCTAVIO. Dime tu bello ideal.
- MIMÍ. ¿No lo adivinas aún?
Un estudiante quizás.
- OCTAVIO. ¡Bendita mil veces, tú!
(Acercándose amorosamente a ella,
que ha venido a sentarse junto a la
mesa de la izquierda.)
Mimí,
terrón
de sal;
fulgor del cielo azul,
clavel
de olor
sutil
fanal de amor y luz.
(Ahora con más fuego.)
Mujer: feliz seré
si al fin aplacas tú

- la fiebre de mi pecho...
que tiembla de inquietud.
MIMÍ. (*Levantándose.*)
¡Cómo sospechar,
que en tu corazón
esa inquietud existía!
- OCTAVIO. Como bajo el tul
del amanecer
se esconde la luz del día.
- MIMÍ. Era un secreto
que no descubrí.
- OCTAVIO. Dime qué piensas,
Mimí.
- MIMÍ. (*Alegre.*)
Soñar
con un
amor,
sentir que cerca está
y dar
con él
al fin
es la felicidad...
- OCTAVIO. (*Apasionado, acercándose, mientras
ella se retira hacia la puerta de la
derecha.*)
Feliz
serás
mi bien...
- MIMÍ. No hay por qué dudar,
OCTAVIO. Tu amor
quizás
logré.
- MIMÍ. (*Con cierta coquetería.*)
Lo he de meditar.
- OCTAVIO. (*Inclinándose.*)
¡Adiós!
- MIMÍ. (*Lo mismo.*)
¡Adiós!
- OCTAVIO. (*Extasiado.*)
¡Mimí!
- MIMÍ. (*Ya fuera y al par que él.*)
¡Voy a ser feliz!
- OCTAVIO. ¡Quiero ser feliz!

HABLADO

- FENELÓN. (*Entra por el chaflán con KUNO KOBBUS.*)
¡Señor!
- OCTAVIO. (*Imponiendo silencio.*) ¡Chist!
- KOBBUS. (*Con una profundísima reverencia.*) ¡Gran señor!
- FENELÓN. (*Dándole un cachete.*) ¿No habéis oído que os calléis?
- OCTAVIO. ¿Quién es este hombre?
- FENELÓN. El de la moto.
- KOBBUS. (*Se cuadra, como en su primera escena para decir:*) «Kuno Kobbus, mayor general de caballería bávara, agregado a la instrucción general de las tropas de Su Majestad el Khan de Koralia».
- OCTAVIO. ¡Ah! El gran Kuno Kobbus, el reorganizador de nuestro ejército... (*Le estrecha la mano.*) ¿Dónde lo has encontrado?
- FENELÓN. Pues... ¡es fantástico! ¡Durmiendo en mi cama!
- KOBBUS. Yo ha averiguado el domicilio de todos los estudiantes de Filosofía. Yo ha visitado todos domicilios... Yo ha sabido que en pensión de Su Alteza hay dos estudiantes que iban a despedir por no pagar pensión... y yo ha dicho: ¡Aquí es!
- FENELÓN. Pero, bueno, señor de Kobbus... ¿Qué explicación tiene que no nos manden dinero hace siete semanas?
- KOBBUS. Que traigo yo mensualidad.
- OCTAVIO. Pero ¿y antes?
- KOBBUS. Yo he salido de Koralia hace un mes.
- FENELÓN. ¡Qué ladrón!
- KOBBUS. Yo me ha entretenido en Smirna comiendo higas, en Viena bailando valsos, en Roma viendo cardenales...
- OCTAVIO. ¡Y nosotros sin un franco!
- FENELÓN. Bueno... ¡Venga el dinero!
- KOBBUS. ¡Dinero!... ¡Imposible! Me ha gastado dinero en Smirna, en Viena y en Roma...
- OCTAVIO. Y ¿tienes valor para presentarte ante mi vista?
- KOBBUS. ¡Oh! Yo tengo valor acreditado. ¡Cuarenta y dos batallas y cinco matrimonios!

- FENELÓN. (*A Octavio.*) A este tío le traspaso yo la foca
 OCTAVIO. ¿A qué vienes entonces?
 KOBBUS. Yo ha venido con licencia a Baviera. Yo ha llegado a Munich y me ha encontrado este telegrama cifrado... (*Se lo alargaba a Octavio, pero lo coge Fenelón.*)
 FENELÓN. (*Leyendo.*) 13624, 28429, 54372... ¡Esto es la guía de teléfonos!
 OCTAVIO. A la vuelta, hombre.
 FENELÓN. ¡Ah, sí! «Urge vaya París enterar príncipe Edhem, con debidas precauciones, apurada situación política.—Tres años comprando cabecillas republicanos.—Cada vez salen más cabecillas y suben precio.—Khan afligido reclame presencia príncipe. Véngase inmediatamente, pasando Ginebra pedir apoyo Sociedad Naciones asunto Mesopotamia». Señor... ¡hay que marcharse!
- OCTAVIO. No.
 KOBBUS. Inmediatamente.
 OCTAVIO. ¡No y no!
 FENELÓN. El despacho es bien terminante.
 OCTAVIO. Yo no me separo ahora de Mimí. Estoy enamorado de verdad.
 KOBBUS. ¡Oh! (*Haciendo aspavientos.*)
 OCTAVIO. Dejadme... siquiera una semana.
 FENELÓN. ¡Imposible!
 OCTAVIO. Tres días.
 KOBBUS. ¡Imposible!
 OCTAVIO. Bueno... Pues aquí mando yo. Soy el príncipe de Koralia... Tú no eres más que un contratado por mi país. Tú, (*A Fenelón*) mi chambelán.
 FENELÓN. ¡Chist!... ¡Por Dios! Vámonos a la calle... (*Empujando a Octavio y Kobbus hacia la puerta de la derecha.*) Las paredes oyen... ¡Astucia! ¡Cautela! ¡Silencio! (*Llegan a la puerta de la derecha, salen Octavio y Kobbus por ella, y Fenelón se encuentra cogido por la mano de Magdalena que ha salido por la izquierda y, corriendo de puntillas, ha llegado al grupo.*) ¡¡Mi abuela!!
 MAGDA. Fenelón...
 FENELÓN. ¡Qué! ¡¡Vidita!!

- MAGDA. Fenelón... ¿Cuál es tu verdadero nombre?
(*Enterrecida.*)
- FENELÓN. ¿No lo has oído?
- MAGDA. No. No lo he oído.
- FENELÓN. (*Aparte.*) Respiro. (*A Magdalena.*) Pues mi verdadero nombre...
- MAGDA. No me engañes, porque lo he oído todo.
- FENELÓN. Pero, ¿lo has oído o no lo has oído?
- MAGDA. Oí que Octavio...
- FENELÓN. ¡Basta! ¡Chist!... ¿Tú eres una mujer reservada?
- MAGDA. Reservada... para Fenelón.
- FENELÓN. Pues bien: mi verdadero nombre es Ahmed=Haligú y un poco de Fernández, hijo del director de la Real Fábrica de Pipas de Koralia y de una cigarrera matritense, a la que raptó mi padre en un viaje de propaganda... Octavio no es Octavio...
- MAGDA. Es el príncipe.
- FENELÓN. El príncipe Edhem. Pero escucha. Si nadie sabe quienes somos, antes de dos meses serás mi esposa...
- MAGDA. ¡Ahmed!
- FENELÓN. Te llevaré a mi país...
- MAGDA. ¡Haligú!
- FENELÓN. Serás la chambelana más gorda de Koralia. Pero ahora... ¡chitón! Es preciso. ¡Volveré! (*Le estampa en trágico tres o cuatro besos sonoros en la cara y luego se va por la derecha.*)
- MAGDA. ¡Ay! Si me da un beso más, mi virtud sucumbe. (*Por el chaflán entra COLETTE.*)
- COLETTE. ¡Magda! (*Deja el bolso y la sombrilla en la mesa de la derecha.*)
- MAGDA. ¿Quién? ¡Ah, Colette!
- COLETTE. ¡Dame un abrazo! (*Magdalena la abraza.*) Otro por este lado. (*Lo mismo.*)
- MAGDA. (*Después de abrazarla.*) Por Dios, explícate.
- COLETTE. Me consta que la Reina de la Mi=Careme serás tú.
- MAGDA. (*Como mareada, llevándose una mano a los ojos y tambaleándose.*) ¡Ay! ¿A ti se te mueve algo?
- COLETTE. A mí esta muela.

- MAGDA. Pues a mí, una mesa se me va y otra se me viene. (*Se sienta.*) ¿Estás segura de que yo?...
- COLETTE. El propio Narcisín me lo ha dicho: la reina de este año saldrá de esta calle y precisamente de un bar...
- MAGDA. ¡Ay! (*Llamando.*) ¡Honorato!
- COLETTE. Oye, porque no creo que Mimí...
- MAGDA. ¡Sería el colmo! La elegida soy yo. Me lo ha dicho la duquesa... ¡y me he gastado más de diez mil francos! (*Sale HONORATO.*)
- HONORATO. ¡Bueno! Le he dado friegas hasta en los talones.
- MAGDA. No me divagues. Vete a la alcaldía, donde a estas horas ya debe saberse quién es la reina proclamada y... que te lo digan.
- HONORATO. ¡Bueno!
- MAGDA. Si la elegida soy yo, tomas un taxi.
- HONORATO. ¡Bueno! (*Se va por la izquierda quitándose el mandil.*)
- COLETTE. Y si Honorato vuelve en taxi, ¿me prometes que me llevarás entre las damas de honor?
- MAGDA. ¿Tú, dama de honor?
- COLETTE. Mujer, estamos en plena carnavalada.
- MAGDA. Pero habiendo sido reina...
- COLETTE. No me importa. La cuestión es ir nuevamente en la cabalgata, asistir al baile en el Eliseo y a la recepción en la Alcaldía... ¡A ver si pesco un Narcisín más joven!
- MAGDA. Cuenta con ello; pero siempre que este avefría de Honorato nos traiga la gran noticia. ¡Honorato! ¡Honorato! (*Mutis por la izquierda.*)
- COLETTE. (*Dirigiéndose a la mesa de la derecha y recogiendo la sombrilla y el bolso.*) ¡Dios me conserve el optimismo de Magdalena, cuando yo tenga su edad! (*Sale por la primera izquierda HONORATO.*)
- HONORATO. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! (*Atravesando hacia la derecha.*) ¡Uf! ¡Mira que manda! Y eso que todavía no ha jurado la constitución. (*Mutis por la derecha.*)
- COLETTE. ¡Cosas de chicas! (*Va a hacer mutis por la izquierda, pero en ese momento aparece*

MOISÉS, con su traje de militar napoleónico y con un ademán imperioso la detiene. Colette retrocede, le mira y dice, riendo:)

MUSICA

COLETTE. ¿Napoleón?
MOISÉS. Yo no soy Napoleón.
COLETTE. ¡Napoleón!
MOISÉS. Pero aspiro a conquistar...
COLETTE. ¡A conquistar!
MOISÉS. ...A la pícara Colette...
COLETTE. ¡Ay de Colette!
MOISÉS. ...Con mi tipo militar.
COLETTE. ¡Un militar!

MOISÉS. Soy un fiero jabalí...
COLETTE. ¡Un jabalí!
MOISÉS. ...Con melena de león.
COLETTE. ¡También león!
MOISÉS. Mi melena es para ti.
COLETTE. ¡Uy, para mí!
MOISÉS. Yo me peino a lo Colón.
COLETTE. ¡A lo Colón!
MOISÉS. ¡Colette! ¡Colette!
COLETTE. Es mi pecho un motor,
que me obliga a correr
persiguiendo tu amor.
COLETTE. ¡Moisés! ¡Moisés!
En la inopia en que estás,
si es tu pecho un motor,
¡debes dar marcha atrás!

MOISÉS. (Con petulancia.)
COLETTE. ¡Soy de aviación
¡Aviador!
MOISÉS. ¡Es tan hermoso volar!
COLETTE. Y en el amor
es la delicia sin par.
MOISÉS. En ascender
está el encanto mayor.
COLETTE. Para vencer
no hay como ser aviador.

COLETTE. Yo volé para alcanzar...
 MOISÉS. ¡Para alcanzar!
 COLETTE. Elevada posición...
 MOISÉS. ¡Qué posición!
 COLETTE. ... Y hoy planeo sobre el mar.
 MOISÉS. ¡Tú, sobre el mar!
 ¡No te des un remoión!
 COLETTE. ¡Un remoión!

¡Moisés! ¡Moisés!
 Mientras no haya *de aquí*,
 no te voy a dejar
 que aterrices en mí.
 MOISÉS. ¡Por Dios! ¡Por Dios!
 Esa infame altivez
 me va a hacer amarar
 en el Sena otra vez.

LOS DOS. ¡Aviador!
 ¡Es tan hermoso volar!
 Y en el amor
 es la delicia sin par.
 En ascender
 está el encanto mayor.
 Para vencer
 no hay como ser aviador.
 (*Evolucionan y hacen mutis por la izquierda.*)

H A B L A D O

FENELÓN. (*Entrando con KUNO KOBBUS por la derecha.*)
 Señor de Kobbus: ya os he dicho que cuando el príncipe dice: «¡no!», moviendo la cabeza a dos bandas (*Lo hace*), es como cuando mi señora madre le decía a mi progenitor: ¡Nanay, gitano! Es inútil llevarle la contraria.
 KOBBUS. El príncipe Edhem debe salir de París esta misma noche. (*Fenelón hace un signo negativo con la cabeza.*) ¡Inmediatamente! (*Fenelón repite.*) ¡Fulminantemente! (*Fenelón*

repite.) ¿Qué cosa quiere decir?... (Copiando el juego de Fenelón.) ¡Hum! ¡Hum!

FENELÓN.

¡Nanay, gitano!

KOBBUS.

Pero ven aquí usted. *(Misteriosamente.)* El príncipe Edhem no sabe, y yo si sé, que de Koralia me avisan que su vida está amenazada: que dos de los más peligrosos asesinos de la sociedad secreta «Suai=suai» desaparecieron y se cree que están en París. Yo tiene prevenida policía francesa; pero mejor es huir...

FENELÓN.

El príncipe es desconocido para todo el mundo.

KOBBUS.

Medio París sabe que convive con estudiantes incógnitamente.

FENELÓN.

¡Caracoles! Una equivocación de esos dos tigres sería horrenda.

KOBBUS.

Más horrendo que reconocieran al príncipe.

FENELÓN.

Habéis hecho bien en no decirle nada.

KOBBUS.

Delicatesa.

MOISÉS.

(Dentro.) ¡Ingrata! ¡Coqueta! *(Sale y dice volviéndose hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Agripina! *(Echa a andar y tropieza con una silla.)* ¡Eh! *(Se pone los lentes y ve a Fenelón, sobre quien se lanza derecho; pero solemne y felino.)* ¡Ah!

FENELÓN.

Moisés.

MOISÉS.

¡Fenelón! ¡Salvavidas miserable!... ¡Cochino!

KOBBUS.

(Que se ha retirado a prudente distancia.) ¡Oh!

FENELÓN.

Sí... aquí me tienes, mátame, pisotéame, escúpeme... Comprendo que...

MOISÉS.

Pero ¿lo comprendes en toda su inmensidad? ¿Sabes que Colette me ha desahuciado definitivamente?

FENELÓN.

No lo sabía, no...

MOISÉS.

Por eso te odio... ¡reptil indecente! Porque si me hubieras dejado morir... Colette a estas horas estaría diciendo: «¡Pobre chico! ¡Qué lástima!» Y por mí derramaría una lágrima... *(Con una transición radical, sacando el sable y señalando una mesa.)* Pon la cabeza sobre el tapete.

KOBBUS.

¡Oh...!

- FENELÓN. ¿Qué vas a hacer?
 MOISÉS. Cortártela nada más. Devolverte el bien por el mal. Hacerte el favor que tú no has querido hacerme.
- FENELÓN. ¡Un momento! Yo te he salvado la vida..., desgraciadamente. Te debo una satisfacción, una compensación. ¿Verdad? Pues te la doy con creces. ¿Te he privado de una muerte obscura? Pues te ofrezco una muerte gloriosa.
- MOISÉS. Pero eso no será muy caro, ¿eh?
 (*Kuno Kobbus se va acercando poco a poco.*)
- FENELÓN. Se te da regalada.
 MOISÉS. Venga.
 FENELÓN. Escucha. El príncipe Edhem de Koralia, de quien tanto se ha hablado aquí, es Octavio.
- MOISÉS. ¿Octavio?
 FENELÓN. Sí. La vida del príncipe Edhem está seriamente amenazada. Dos terribles asesinos indagan dónde está el príncipe para... ¡para matarlo!
- MOISÉS. ¡Qué suerte de hombre!
 FENELÓN. No se sabe si con puñal o con revólver, si con veneno o bomba; pero el hecho es que el príncipe debe morir de un momento a otro... ¿Quieres pasar por él ante todo el mundo?
- MOISÉS. Bueno; pero ¿todo ese porvenir se me ofrece en serio?
- FENELÓN. Sí.
 MOISÉS. ¿No vendrán luego con arreglitos, comprando a los criminales para que me respeten?
- FENELÓN. No.
 MOISÉS. Y si las heridas no son mortales, ¿se me garantiza una infección tetánica?
- FENELÓN. Garantizada.
 MOISÉS. Pues... hecho.
 KOBBUS. ¡Colosal!
 FENELÓN. El señor Kuno Kobbus, como tu ayudante, te presentará a todo el mundo, te exhibirá, te paseará por los sitios de más peligro.
- MOISÉS. Caballero, es usted mi ángel tutelar.
 FENELÓN. Y, en cuanto a mí, sólo me resta quitarte

el aspecto napoleónico... con esta tapadera, que es de un carácter oriental perfecto. *(Le pone un cubito rojo, igual a otros que hay con botellas a refrescar, sobre el mostrador.)*
 ¡Señor: Vuestra Alteza está servida! Alá os depare una muerte próxima.

KOBBUS.

¡Colosal!

(Entra OCTAVIO.)

OCTAVIO.

¿Cómo? ¿Vosotros aquí? Me estáis comprometiendo.

KOBBUS.

¡Señor! *(Se inclina ante Octavio y Moisés hace lo mismo.)*

FENELÓN.

Nadie sabrá que el príncipe sois vos.

OCTAVIO.

(Por Moisés.) ¡Salvo este imbécil!

MOISÉS.

Señor, este imbécil...

KOBBUS.

(Cortándole la palabra.) Este imbécil es, desde ahora, el verdadero Príncipe.

OCTAVIO.

Eso ya me gusta.

MOISÉS.

Pues, ¿y a mí?

OCTAVIO.

Pero, ¿por qué se presta a hacerlo?

FENELÓN.

Por lo que se hacen muchas tonterías: por una mujer guapa.

MUSICA

(Empiezan a entrar ESTUDIANTES, masculinos y femeninos, por las puertas de la calle. Por la izquierda entran MAGDALENA y COLETTE.)

CORO.

¿Venís a la Sorbona?

Ya van a dar las tres.

FENELÓN.

La gran noticia a todos

¡El príncipe es Moisés!

COLETTE.

(Medio hablado.)

¿Moisés?

TODOS.

(Con asombro.)

¡Moisés!

MAGDA. Y

(Cada una con su entonación.)

COLETTE.

No cabe duda, él es.

OCTAVIO.

Gloria y honor

al Príncipe oriental.

TODOS.

¡Gloria y honor!

MOISÉS.

(Paseándose, escoltado por Kuno Kobbus.)

Mil gracias, compañeros.

- COLETTE. ¡Que sea este melón de sangre real!
(*Entra MIMÍ por la derecha.*)
- MIMÍ. ¿Qué dicen? ¿Qué escucho?
(*A Moisés.*)
- MOISÉS. ¿Tú, el príncipe Edhem?
A mí me parece muy bien.
- COLETTE. (*Avanzando hacia él.*)
A mí me entusiasma también.
- TODOS. Parece mentira.
¡Tú, el príncipe Edhem!
(*Mimí se quita el sombrero y va a ocupar su puesto detrás del mostrador. Octavio, sentado en uno de los taburetes altos, se hace servir una bebida y simula hablar animadamente con ella.*)
- COLETTE. (*A Moisés.*)
Ya habrás comprendido
que aquello fué broma.
- MOISÉS. Mirad, Kuno Kobbus,
qué chica tan mona.
- COLETTE. Me adora y le adoro.
¿Qué tal os parece?
- KOBBUS. (*A Moisés, por Colette.*)
¿Es ésta?
- MOISÉS. ¡La misma!
- KOBBUS. ¡Muqeres! ¡Muqeres!
- COLETTE. Convídales a todos.
¡Muchachos, a beber!
- MAGDA. (*Aparte a Fenelón.*)
¿Quién paga este agasajo?
- FENELÓN. (*A Magdalena.*)
Tú sirve... y cállate.
- TODOS. ¡A beber!
(*Cuando se dirigen al mostrador, entra HONORATO inopinadamente, como una tromba, por el lado derecho. Sorprende a todos, se planta en medio de la escena, quiere hablar; pero el sofocamiento de la carrera se lo impide y, claro está, cuanto más le apremian, menos puede romper.*)

- MAGDA. ¡Honorato!
 FENELÓN. ¿Qué te pasa?
 MIMÍ. Algo grave.
 OCTAVIO. ¡Notición!
 TODOS. ¡Habla! ¡Cuenta!
 ¡Rompe! ¡Vamos!
- COLETTE. ¿Es un hecho la elección?
 MAGDA. ¿Viene en taxi?
 LUCILA. No, señora.
 MAGDA. ¡Ay, Dios mío!
 MIMÍ. ¿Qué será?
 MAGDA. ¿Proclamaron ya la reina?
 (Honorato hace signos afirmativos.)
 TODOS. ¡Sí! ¡Sí!
- MAGDA. ¿Por ventura no soy yo?
 (Honorato hace demostraciones negativas.)
 TODOS. ¡No! ¡No!
- COLETTE. ¿Quién entonces! Anda, di.
 (Honorato señala a Mimí.)
 ¿Mimí?
 (Honorato dice que sí con la cabeza.)
 TODOS. ¡Mimí!
 MIMÍ. ¿Yo?
 OCTAVIO. Sí.
- CORO. Tú, Mimí...
 ¡Viva, Mimí!
- (Magdalena cae, medio desmayada, en brazos de Kuno Kobus y de Fenelón, que la hacen sentar junto a la mesa de la izquierda, dándole de beber. Entretanto, Octavio, preocupado, se aparta del mostrador y viene a primer término de la izquierda. Los estudiantes rodean a la afligida Magdalena, que no cesa de dar gritos. Y comentan:)
- ¡Magdalena! ¡Magdalena!
 Se ha desmayado de pena.
 ¡Magdalena! ¡Magdalena!
 Esta sí que ha sido buena.

(Fenelón y dos estudiantes se llevan a Magdalena por la izquierda. Mientras, Colette y Moisés, van a ocupar sendos taburetes altos. Y juntos se beben el refresco de Octavio, simultáneamente, cada uno con una paja. Mimi, que ha abandonado el mostrador, al ver que Octavio se aparta, acercándose a él, dice:)

- MIMÍ. ¿No te alegras tú?
 OCTAVIO. No sé qué decir.
 MIMÍ. ¿Por qué el suceso te apena?
 OCTAVIO. Porque, si soñé
 con un gran amor,
 yo no aspiraba a una reina.
 MIMÍ. Breve reinado me ofrece París;
 en mis escudos no hay flores de lis.
 Y el soberano que en mí reinará
 un estudiante será.
- FENELÓN. *(Saliendo por la izquierda con los dos estudiantes que le acompañaban.)*
 Nada fué, señores,
 ya se le pasó.
(A Mimi.)
 A felicitarte
 ahora vengo yo.
 Aunque en todo el barrio
 vayas a reinar,
 de los estudiantes
 no te olvidarás.
 TODOS. ¡Eres nuestra reina!
 MIMÍ. ¡No faltaba más!
 TODOS. ¡Estudiante!
 ¡Estudiante!
 Con tu lábaro triunfante
 lograrás que un nuevo día
 nos alumbre nueva luz;
 porque tienes, estudiante,
 travesura, bizarría,
 esperanza y juventud.

¡Loca juventud!
¡Novia del amor!
¡Sol del porvenir!
¡Fuente de ilusión!
¡No desmayes sin que veas
realizada tu misión!

*(Varios estudiantes alzan en sus
hombros a Mimí e inician con ella
la salida del bar, en medio de la
mayor animación.)*

TELON



FIN DEL PRIMER ACTO

Hatunwuf... y de...
Ivome...
Individu...
Ivome...

...
...
...
...

Octavio.
Mist.
Octavio.

Mist.

Prólogo.

(S...)
...



T...
Mist.

T...

PRIM DEL PRIMER ACTO

...
...
...
...
...



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Sotabanco donde vive Mimi. El techo, abuhardillado, se une a la pared del fondo a unos dos metros de altura. En esta pared hay, a derecha e izquierda, dos ventanas rasgadas en sentido horizontal, al través de las cuales se ve un panorama de tejados de París. En la habitación, entre las ventanas, una cama modesta, y, colgada en la pared, sobre la cama, una ampliación fotográfica representando a dos niñas de unos diez a doce años. En el rincón que forma el fondo con el lateral izquierdo, una pequeña cocina de gas. En este mismo lateral, dos puertas y, entre ambas, una máquina de coser destapada, sobre la cual hay una prenda blanca, no concluída. En la pared de la derecha, otra puerta. Una silla ante la máquina de coser. Otra silla baja junto a la cama. Cuando el telón se levanta, toda esta habitación se halla oculta a la vista del público por un amplio ropaje, que se recoge en el techo, al centro de la escena, formando una gran moña. El ropaje, a modo de dosel, cae al fondo y a derecha e izquierda, mostrando el interior, que imita blanco armiño, sobre el cual destacan doradas flores de lis, abejas u otros motivos. En la parte superior y en los extremos de ambos lados corre una cenefa con los mismos adornos. En el primer término, tanto junto al oculto techo, como en los laterales, cuelga formando embocadura el susodicho ropaje, mostrando la otra cara de terciopelo rojo con fleco dorado. Dos aberturas, una a la derecha y otra a la izquierda, dejan paso franco a los personajes que han de entrar y salir en escena.

En la escena aparecen congregados: MIMI, MAGDALENA, JULIETA, LUCILA, OCTAVIO, FENELON, MOISES, ARMANDO, ALFREDO, MARIO y otros estudiantes, así como varias costureras, amigas de Mimi. Esta muestra sus galas de reina de la *Mi-Careme*: corona, manto de armiño y banda cruzada sobre el pecho. Se halla en pie, junto a un amplio sillón dorado, y sostiene en su diestra un cetro. La rodean Magdalena, con disfraz de línea cómica; Julieta, Lucila y las demás muchachas, también disfrazadas; pero sin caretas ni antifaces. Octavio viste de *smocking*; Moisés, un bello uniforme de príncipe *hindú*; Fenelón, de *clown*, y los estudiantes, distintos trajes carnalescos, formando un conjunto de mucho colorido. Dos pequeñas banquetas doradas forman, con el sillón, el único mobiliario visible.

MUSICA

TODOS.

¡Alegría! ¡Alegría!
 ¡Alegría del Carnaval!
 El cascabel de la locura
 suene sin cesar.
 ¡Alegría! ¡Alegría!

MIMÍ.
FENELÓN.
OCTAVIO.

Siga la fiesta.
¡Viva Mimí!
¡Cómo disfrutan
todos por tí!
Salgan las chicas.
¡Ya están aquí!

MIMÍ.
TODOS.

(Suenan dentro, por la derecha, unos redobles de tambor. Entran por la derecha, con paso militar y tocando, cuatro MUCHACHAS, vestidas de tambores del ejército de la Convención francesa. Llegan a continuación cinco MUCHACHAS, vestidas de revolucionarios franceses fantaseados, llevando en una mano una espada y en la otra unos bucles. Sale, después, COLETTE, con gran peluca de fin de siglo XVIII y un traje de fantasía, compuesto de una falda con miriñaque, que aparece abierto por delante; dentro del cual lleva otro vestido cortísimo, estilización de los trajes modernos. Aparece de espaldas al público, y, en esta forma, recorre el proscenio de lado a lado, poniéndose de frente en el momento de comenzar la canción.)

COLETTE.

Igual que por detrás fui por delante
en otro tiempo, en que era lo importante
taparse una elegante toda, toda,
siguiendo los mandatos de la moda.
Mas hoy la moda tiene guillotina,
la moda se declara jacobina,
y menos mal que ahora, en vez de cuellos,
no corta más que faldas y cabellos.

La guillotina,
tina, tina...

TODOS.
COLETTE.

¡Ay!
... No

me importa;
porque ya sabe,
sabe, sabe...

TODOS.
COLETTE.

¡Ay!
... Lo que corta.
La guillotina,
tina, tina...

TODOS.
COLETTE.

¡Ay!
... Fué inventada,
para cortar lo que no sirve...

TODOS.
COLETTE.

¡Ay!
... Para nada.

El corte comenzó por las mujeres que, al cabo, siempre son débiles seres. Los hombres, entretanto, por los pelos y por los pantalones toman vuelos. Ya es hora que también con los varones la fiera guillotina entre en funciones; mas ¡ay! por nuestro bien es obligado que corte con muchísimo cuidado.

TODOS.

La guillotina
tina, tina,
etc., etc.

(Hacen mutis Colette y las nueve muchachas de «La guillotina» por la derecha. COLETTE vuelve a entrar inmediatamente.)

HABLADO

- MOISÉS. ¿No decía Kobbus que en mi país se notaba un gran movimiento revolucionario?
- FENELÓN. Sí... Parece que el *Suai=suai*.
- MOISÉS. Pues para movimiento revolucionario el de Colette.
- COLETTE. Gracias, príncipe. ¡Ay! ¡Qué príncipe más requetebonito me ha tocado...!
- TODOS. (Cortando la frase con un siseo largo y sonoro.) ¡Chsss...!
- MOISÉS. Bueno, es que la he enajenado.
- FENELÓN. (A Magdalena.) ¡Ay... vidita! Si yo lograra enajenarte a ti...
- MAGDA. ¿Lo dudas aún?
- FENELÓN. ¡Me parece un sueño! ¡Si yo te viera en brazos de otro...!
- MAGDA. No tengas cuidado.
- FENELÓN. ¡Qué voy a tener! (Aparte.) Ya no me la despego ni con agua caliente.
- LUCILA. Convengamos en que tu reinado ha sido breve; pero divertido. (A Mimí.)
- JULIETA. Divertido y episódico.

- MIMÍ. No lo debo ocultar: estoy satisfecha.
 MAGDA. ¡Podías no estarlo! ¡Con los agasajos que has tenido!
- MIMÍ. Es verdad. Las autoridades, mis amigas, el público... ¿Cómo agradecer tantas atenciones?
- COLETTE. Lo que más te he envidiado es la fotografía al lado del Presidente en el Eliseo.
- MIMÍ. En cambio, tú puedes retratarte al lado de un príncipe.
- MOISÉS. Eso sí.
 COLETTE. ¡Contentita me tiene el príncipe!
 MOISÉS. ¿Yo?
 COLETTE. Sí, señor. ¡Tú! Sabes lo que me gustan las máscaras ¡y eres el único que no te has disfrazado!
- MOISÉS. (*Aparte.*) Eso te crees tú. (*Señalando a Octavio.*) El único, no.
- FENELÓN. Donde triunfó de verdad Mimí fué en la cabalgata.
- OCTAVIO. ¡Cómo la aplaudían!
 MIMÍ. ¿Te acuerdas, Octavio?
 MAGDA. El pueblo de París es muy obsequioso y aplaude a todas las reinas.
- FENELÓN. Cuando son guapas.
 MOISÉS. (*A Colette.*) Como a ti el año pasado.
 FENELÓN. Y como a ti el año que viene... (*A Magdalena.*) ¡Vidita!
- MIMÍ. Y, para colmo de bondades, vosotros, en esta humilde cabaña donde vivo, convertida por el Municipio de París en un palacio de tres días, habéis dado esta noche a mi fiesta el gran encanto de la fraternidad. ¡Ah! Pero ¿nos vas a hablar en serio? Concluyamos el programa.
- ARMANDO. Tenéis razón. Yo os ofrecí un numerito de la gran revista y lo he cumplido: pero Fenelón nos prometió un espectáculo de excepcional belleza y no hemos visto por ninguna parte ese espectáculo.
- MAGDA. No les hagas caso. (*Aparte y haciendo mohines de rubor.*) Este es capaz de desnudarme aquí.
- FENELÓN. Yo os prometí un espectáculo grandioso... y os lo cumplo. (*Consultando el reloj.*) Las

seis menos cuarto. Os lo cumpla... y va a ser ahora mismo. (*Entreabriendo una abertura del lado izquierdo y con solemnidad.*) Señores: os convido ¡a ver salir el sol! (*Gran alboroto.*)

MOISÉS. ¡Estafador!

COLETTE. ¡Roñoso!

TODOS. ¡Fuera! ¡Fuera!

FENELÓN. (*Imponiéndose.*) ¡Señores!... Pero ¿es posible que no conmueva vuestra sensibilidad esa ascensión del astro soberano desde la línea incierta del horizonte? ¿Tendré que deciros, como César a su matador, que sois bastante brutos? No... no os lo diré. (*Gran ovación.*)

MAGDA. ¡Ay, qué pico de oro!

FENELÓN. ¡A la terraza, pues! ¡A la terraza!

TODOS. (*Haciendo mutis por la abertura de la izquierda, cantando con el aire de la estrofa igual del primer acto.*)

¡Magdalena! ¡Magdalena!

Se ha dejado la melena.

¡Magdalena! ¡Magdalena!

¡Esta sí que ha sido buena!

(*Risas, gritos y aplausos. Quedan solos Moisés y Colette. El está mirando distraidamente los adornos del ropaje, desde lejos, sosteniendo las gafas en una mano, a manera de impertinentes.*)

COLETTE. ¡Príncipe! (*Pausa.*) ¡Príncipe! (*Se acerca a Moisés y le da una palmadita en la espalda.*) Pero... ¡príncipe!

MOISÉS. (*Guardándose las gafas.*) ¡Ah! ¿Era a mí? Perdona. Con el incógnito he perdido la costumbre. ¿Vamos a eso de la salida del sol?

COLETTE. No... Me voy a casa. Cuando empiecen a levantarse y vean que no estoy... ¡qué dirá mi mamá!

MOISÉS. ¡Ah! Pero ¿tienes mamá?

COLETTE. Ya lo creo... Como los hombres estáis ahora por las hijas de familia... Y si su-

- ... pieras, príncipe... ¡que ya me has comprado el Renault!... (1).
- MOISÉS. ¿Qué?
- COLETTE. Abajo lo tengo. Es un coche estupendo.
- MOISÉS. Pero si yo no te he dado ni un céntimo. Si sabes que me tienes que querer por mi cara bonita—como suele decirse—, y que mientras yo no esté convencido de ello, no empiezo a ser espléndido y derrochador. Hasta ahora no me he convencido de que me quieres... (*Aparte.*) ¡Y voy a tardar un rato! ¡Vaya truco!
- COLETTE. No importa... Todas estas dádivas que me haces las voy pagando de mis ahorros; de otras, ya pasarán la cuenta... Cuando estés convencido de mi desinterés, liquidaremos. ¿Te parece bien?
- MOISÉS. ¡Admirable!
- COLETTE. ¿Te acuerdas de aquella perla negra del escaparte de Cabot, que me gustó tanto?
- MOISÉS. Sí.
- COLETTE. (*Mostrándole una sortija.*) ¡Mírala! ¿Sabes lo que te va a costar?
- MOISÉS. (*Aparte.*) ¡Catorce años de presidio lo menos! (*A ella.*) Bueno, pero ¿cuándo empieza para nosotros el idilio? Hasta ahora... la gente cree que nos amamos con frenesí... (*Alargando la «gaita» para besar a Colette, que le tapa la boca con la mano.*) Y con lo que nos amamos es con bozal. Me ven pasar de tu brazo y oigo decir: «¡Qué mujer con más suerte!» Y, hasta la fecha, es como si llevaras un billete para una tómbola; pero que todavía no te ha tocado.
- COLETTE. ¡Ay, príncipe! ¿No es justo que yo también me convenza de tu amor?
- MOISÉS. ¿De mi amor? ¿Por quién me he tirado yo al Sena hace cuatro días? ¡Por ti! ¿Por quién me he salido del incógnito? ¡Por ti!
- COLETTE. Y dime: ¿cómo estuviste tanto tiempo ocultando tu personalidad bajo aquella máscara de idiota?

(1) Pronúnciese *Renó*.

- MOISÉS. (*Aparte.*) Estaba por meterme en el incógnito y darle una torta.
- COLETTE. Anda, dímelo.
- MOISÉS. Pues oye, tiembla y admírame: el príncipe Edhem de Koralia está amenazado de muerte.
- COLETTE. ¿Tú?
- MOISÉS. Aquí donde me ves, yo.
- COLETTE. Y ¿por mí?...
MOISÉS. Claro es. Como por mi cara bonita no me hacías pues caso, me dije: a esta no la rinde más que un príncipe. Y, sacrificando mi propia vida...
- COLETTE. ¡Oh! ¡Sublime amor! Pero yo lo recomendaré, príncipe. Hasta luego. (*Se dirige hacia la derecha.*)
- MOISÉS. ¿Te vas ahora?
- COLETTE. A salvarte.
- MOISÉS. Pero... (*Tomando una mano de Colette.*) si nuestro cariño se reduce a este flirteo ¿para qué quiero yo vivir, Colette? Deja que los asesinos se ceben...
- COLETTE. ¡Príncipe! Antes de veinticuatro horas el billete de la tómbola resultará premiado.
- MOISÉS. (*Sublime.*) ¡Ay!... (*Mutis de Colette por la derecha. Moisés se ha quedado como en éxtasis. Por la izquierda entra FENELÓN, mientras suena, al abrir la abertura, una gran carcajada de burla, dentro, que hace dar un brinco, de sobresalto, a Moisés.*) ¿Qué es eso?
- FENELÓN. Chico, que el sol no sale a la hora anunciada.
- MOISÉS. ¡Qué informalidad!
- FENELÓN. Pero... ¡ahora caigo! Si es que rige la hora oficial de marzo... Voy a advertírselo. (*Medio mutis.*)
- MOISÉS. Aguarda. Lo que tengo que decirte es importante. ¿Te acuerdas de la ilusión con que pensaba en la muerte?
- FENELÓN. Ya lo creo. Eras un tozudo de la enfermedad.
- MOISÉS. Pues ahora... me hablas de un ligero resfriado y se me abren las carnes. Colette me ha prometido... Bueno, no quiero decirte lo que me ha prometido; pero figúratelo

- tú... Y pensar que podría morir antes...
(*Temblando cómicamente.*) ¡Cielos!
- FENELÓN. Afortunadamente, los supuestos asesinos del príncipe no han dado señales de vida.
- MOISÉS. ¡Ni Dios quiera! ¡Qué horror! Hincar el pico a las puertas de la felicidad... (*Entra KUNO KOBBUS por la derecha.*)
- KOBBUS. ¡Señor! (*Reverenciándole.*)
- MOISÉS. Vamos, quita de ahí.
- KOBBUS. ¡Gran señor! (*Lo mismo.*)
- MOISÉS. Que estamos solos, hombre.
- KOBBUS. (*Se acerca a Fenelón, a quien descubre, examinándolo, bajo el disfraz de payaso.*) ¡Oh!... ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
- FENELÓN. ¿Por qué se ríe usted de mí? ¿Yo soy algún clown?
- KOBBUS. Yo está contentísimo porque voy prestar gran servicio a Koralia y gran favor a mi príncipe... (*Señalando a Moisés.*)
- MOISÉS. Justamente yo estaba deseando que vinieseis. Un príncipe de Koralia necesita dinero. La amiga del príncipe también. Koralia está en ridículo si yo no le regalo a Colette algo así como el Gran Diamante del Cuerno de la Pantera Sagrada de Valladolid.
- KOBBUS. Para, para, para... (*A Fenelón.*) Acércate usted. ¡Oh, qué gran estadista estoy yo! La situación de Koralia es cada vez más grave... Para reavivar sentimiento monárquico del pueblo y, en vista de que asesinos conjurados no han hecho todavía nada práctico, yo ha pensado una cosa colosal.
- MOISÉS. El qué, el qué...
- FENELÓN. Te tiemblo, Kobbus.
- KOBBUS. Yo ha contratado dos anarquistas terribles para que atenten contra el príncipe. Vamos, contra usted.
- MOISÉS. ¡Kobbus! (*Desmayándose en brazos de Fenelón.*)
- FENELÓN. ¡Qué bárbaro!
- KOBBUS. ¡Oh!... ¡Colosal!
- MOISÉS. Pero... el príncipe no soy yo. (*Aterrado.*)
- KOBBUS. Por eso yo me ha atrevido organizar atentado.

- FENELÓN. Pero, ¿qué gana Koralia con que éste fallezca?
- KOBBUS. Todos ganan mucho. Cuando llegue a la corte noticia pueblo se echa a la calle a protestar, el Khan llora, la policía empieza a tiros, los conspiradores políticos salen corriendo. Nuestro amigo Moisés sube al Cielo, como desea. El príncipe se queda de incógnito para siempre, como desea. A mí me suben sueldo, como desea. (A Fenelón.) Usté se casa con la gorda, como desea...
- FENELÓN. Como desea la gorda.
- MOISÉS. Señor Kobbus... comprendo que yo mismo me metí en la boca del lobo, mas considerad que ahora... ¿Se ha movido ese cortinón? (Receloso.)
- KOBBUS. No se ha movido.
- MOISÉS. ¡Colette! ¡Colette! (Sollozando.)
- FENELÓN. Pero, hombre, ese plan es una sarta de disparates. ¿No se puede deshacer el complot? (Kobbus hace una violenta negación.) ¿Aunque sea pagando el doble? (Kobbus repite.) ¿El triple? (Idem, id.) ¿Por qué?
- KOBBUS. ¡Nánay, gitano!
- MOISÉS. Bueno: por lo pronto, salgamos de aquí antes que todo el mundo... Esos dos tigres me buscarán entre los estudiantes.
- KOBBUS. Justamente.
- MOISÉS. Pues al primer estudiante que se me arri-me... ¡le pego un tiro! (Fenelón se aparta de él.) Fenelón: dame el brazo, sostenme. Olvidas que soy estudiante.
- FENELÓN. (Haciendo mutis lentamente, del brazo de los otros dos, tembloroso, como un reo que va al cadalso.) Que tú y yo no hemos estudiado nunca lo saben hasta en Koralia. ¡Ay, Colette! ¡La tómbola! ¡La tómbola! (Al quedar sola la escena, salen por la izquierda JULIETA, LUCILA, MAGDALENA, MARIO, ALFREDO, ARMANDO y la mayoría de los invitados.)
- JULIETA. Estos espectáculos matutinos, ¡ay!, no sé lo que dan.
- MAGDA. Embobados se quedan mirándose. (A Ar-

- mando.) ¿Me queréis decir qué tiene esa niña para gustar de ese modo? Yo me voy: me voy, porque, si no, reviento. (Que sale en este momento.) ¿Qué os ha parecido mi vecino el sol?
- MIMÍ. Joven, cálido y rubicundo.
- JULIETA. Soberana Mimí: nos vamos. (Empiezan a desfilar, por la derecha, hasta que lo hacen todos.) Gracias por tu fiesta.
- MARIO. Quedará en nuestro recuerdo mejor que todo un curso de Historia.
- ALFREDO. Cuánta amabilidad.
- MIMÍ. Adiós, Mimí. ¡Hasta luego! (Van haciendo mutis los demás.)
- LUCILA. ¡Adiós!
- MIMÍ. Y conste que ha sido magnífica.
- MARIO. ¡Espléndida!
- ARMANDO. ¡Paradisiaca!
- JULIETA. (Que ha quedado la última se detiene junto a la puerta.) No te quejarás.
- MAGDA. ¡De ningún modo! Soy feliz, Magdalena; completamente feliz. Todos me quieren, todos me obsequian. Y, por si me faltaba algo, Octavio...
- MIMÍ. ¿Qué?
- MAGDA. A usted se lo digo: ¡me ha jurado su amor eterno!
- MIMÍ. ¡Pobre niña!
- MAGDA. ¿Cómo? Es incapaz de engañarme.
- MIMÍ. Te ha engañado ya.
- MAGDA. ¿No me quiere?
- MIMÍ. A su modo. Como un príncipe puede querer a una costurera.
- MAGDA. ¿Qué dice usted?
- MIMÍ. El príncipe Edhem es Octavio; lo oculta porque le conviene.
- MAGDA. ¿No puede ser! ¿Quién se lo ha dicho?
- MIMÍ. Fenelón, que es su chambelán. Ese no engaña.
- MAGDA. Déjeme, se lo ruego.
- MIMÍ. ¿Me perdonas si te hice daño?
- MAGDA. Sí, sí, déjeme...
- MIMÍ. Como quieras. (Aparte al hacer mutis por la derecha.) ¡No todo han de ser triunfos!

MUSICA

MIMÍ.

(Mientras la orquesta nos pone a tono con el nuevo y triste estado de espíritu de la reina, ésta se despoja de sus galas—manto, banda, cetro y demás—que deja sobre el sillón dorado, quedando en sencillo traje.)

¡Todo acabó!
 Mi breve reinado
 voló;
 mi sueño amoroso
 se fué...
 Volaba y del cielo
 caí
 como una estrellita
 que al alba murió.
 ¡Ay de mí!
 ¡Todo acabó!

(OCTAVIO sale por la izquierda y la contempla, arrobado, un instante, sin ser visto.)

OCTAVIO.

¡Mimí!

Se fueron ya.
 ¡Solos al fin!

MIMÍ.

¡Ah, tú!

Déjame ya...
 ¡Vete! ¡Vete!

OCTAVIO.

¿Por qué?

MIMÍ.

Rasgado el velo está.

(Reconcentrada, tras una pausa.)

Y sé qué pretendes.
 Y sé que me ofendes
 con sólo mirar.

OCTAVIO.

No te comprendo.

¿Qué haces, Mimí,
 cuando soñando
 me acerco a ti?

MIMÍ.

Carne buscabas
 para tu harem...

Yo no te sirvo,
 príncipe Edhem...

(Volviéndole la espalda digna y seriamente.)

¡Adiós, Mimí!
 Lo mandas tú...
 No maldigas
 del amor que te juré.
 Vive... Goza...
 ¡Pero sabe
 que jamás te olvidaré!

(Vase por la derecha Octavio y hay una breve pausa. Mimí ha venido a sentarse en una banqueta del primer término de la izquierda. Por la misma abertura entra el señor DUVAL, ujier del municipio de París, con cuatro OBREROS que vis-ten largas blusas azules o grises y usan gorra de visera. A una señal de Duval, apenas entran, empiezan a descolgar el ropaje, plegándolo.)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

MIMÍ. *(Después de una breve pausa y como consecuencia del ruido que empiezan a hacer, al trajar, los obreros.)* ¿Qué? ¿Quién?

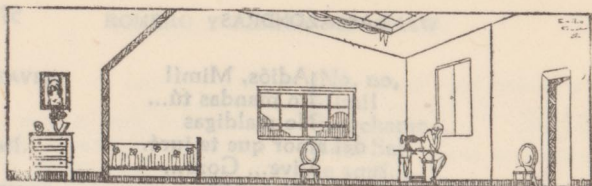
DUVAL. *(Avanzando hacia ella.)* Buenos días, señorita. Aristides Duval, ayudante del señor Edmundo Laforest, jefe de ceremonial de nuestro Municipio. Comprendo, señorita, vuestro estado de ánimo. Es el contraste que a todas horas nos presenta la vida. Ayer poderoso, hoy siervo. Vos lloráis...

MIMÍ. ¿Yo?

DUVAL. Sí, lloráis—¡cosa más natural!—, porque veis el término de vuestro reinado. ¡Ha sido tan breve, tan venturoso, tan alegre! Pero yo no me puedo emocionar lo mismo. ¡Calculad, señorita! Para mí esta tarea de retirar vestidos y ropajes, muebles y atributos, es la de todos los años. ¡Llevo cuarenta y cinco reinas destronadas! ¿Qué os parece?

MIMÍ. Muy bien, pero...

DUVAL. No creáis, sin embargo, que todas sufren



lo mismo. La reina del año pasado se hallaba, en este preciso momento de nuestra intervención final, tan satisfecha, que ella misma nos ayudó a recogerlo todo.

MIMÍ.
DUVAL.

¿Queréis?... *(Levantándose.)*

¡No, por Dios! Vuestro reinado acabó, pero no vuestra belleza; las fiestas en que brillasteis pasaron, pero su recuerdo os procurará todavía muchas horas felices. El recuerdo es el compañero más leal de nuestra vida. *(Volviendo a los obreros que ya han sacado el ropaje plegado y el sillón y se disponen a salir por la derecha con las dos banquetas.)* ¿Qué? ¿Hemos terminado? *(A Mimí.)* Me perdonaréis, pero, cumplida esta cruel misión, nuestro deber es retirarnos. En mí no tendréis ya al servidor de estos días, pero sí al buen amigo, al fiel consejero. *(A los obreros.)* ¿En marcha? *(Los obreros hacen mutis.)* Con cuidado. *(A Mimí, entregándole una tarjeta.)* Aristides Duval, ayudante del señor Edmundo Laforest, y filósofo. ¡Buenos días, señorita; buenos días! *(Mutis por la derecha, detrás de los obreros. Ante la vista del espectador se presenta ahora, en toda su modestia, el sotabanco de Mimí. Esta, en cuanto se queda sola va a una de las ventanas del fondo, por la cual mira a la calle.)*

MIMÍ.

Por allí va Octavio. ¡Ya dobló la esquina! ¡Todo acabó! Ilusiones, amor, felicidad...

Mujercitas, alondras
del amor y el ensueño...

¿Dónde os lleva el empeño
de soñar y de amar?

¿No sabéis que en la fuente
del amor, hay un caño
donde mana el engaño...

y el olvido a la par?

(La orquesta, en cuanto Mimi se ha quedado sola, ha comenzado la frase del dúo del primer acto. Mimi, recitando los versos, viene desde la ventana, lentamente, hacia la máquina de coser.)

«¡Mimi, terrón de sal,
joyel del cielo azul,
clavel de olor sutil...»
¡Todo eso fuiste tú!

(Ya ante la máquina, coge la prenda que había encima, se sienta y comienza a coser, mientras el telón cae lentamente.)

MUTACION





Telón, a segundo término, que reproduce un bello rincón de París, de noche. La escena se supone junto al pretil del Sena. Al fondo, en el otro lado del río, álzase la mole de la iglesia de «Notre Dame».

CUADRO SEGUNDO

HABLADO

- COLETTE. *(Sale por la derecha con elegante atavío de noche. Se detiene, mira a un lado y otro y, al fin, dice, dirigiéndose hacia la izquierda.) ¡Vamos, mujer! Creí que no venías. (Aparece por este lateral MIMÍ, que lleva sencillo abrigo sastre.) Ya podía esperarte.*
- MIMÍ. *Es que... primero que acabé en el bar... ¿A dónde me llevas ahora?*
- COLETTE. *A mi casa. ¡Ya verás el traje que te he preparado!*
- MIMÍ. *Si supieras que ahora me falta valor...*
- COLETTE. *(Sorprendida.) ¡Mimí!*
- MIMÍ. *¡Ir al cabaret!*
- COLETTE. *¡Para divertirte, chica! Pero, ¿es que Octavio merece más de doce horas de recuerdo? ¡Amores de estudiante!*
- MIMÍ. *¡Qué sabes tú!*
- COLETTE. *Bueno, pues... caprichos. La vida para ti empieza esta noche. Ven conmigo, Mimí. (Mimí y Colette desaparecen por la derecha.)*

MUSICA

(Por la izquierda salen MOISÉS, LA PALISSE, —COMISARIO DE POLICÍA— y SEIS GUARDIAS.)

- MOISÉS. *No me dejen,
no me dejen
solo, por favor.*

TODOS.
MOISÉS.

¡No, señor!
Porque tengo un
miedo que es un
miedo superior.

TODOS.
MOISÉS.

¡Valor!
Y esto es raro en mí...

TODOS.
MOISÉS.

¡Ca!
Porque siempre fui...

TODOS.
MOISÉS.

¿Qué?
Una especie
de pantera
desde que nací.

PALISSE.

Pues júntese a mí
que soy un león...

TODOS.

¡Pero sin temblar
como un verderón!

MOISÉS Y

(Temblando cómicamente mientras evolu-
cionan.)

PALISSE.

El temblóribus,
blóribus,
blóribus,
no demuéstriba
miedo, no.
Es nerviósisibus,
viósibus,
viósibus,
y por ésiyo
tiemblo yo.

TODOS.

(Lo mismo.)

El temblóribus,
blóribus,
blóribus,
etc.

MOISÉS.

Ni el bromuro,
ni el carburo
quita este temblor.

TODOS.
MOISÉS.

¡No señor!
Y es que cada
sombra me pa=
rece un malhechor.

TODOS.

¡Valor!

MOISÉS. Del valor soy rey.
 TODOS. ¡Ca!
 MOISÉS. Bravo fui de ley
 TODOS. ¡Pum!
 MOISÉS. Pero ante la
 muerte me de-
 fiendo como un buey.
 PALISSE. Pues júntese a mí
 y haremos un par.
 TODOS. Con un hombre así
 no hay por qué temblar.
 MOISÉS Y PALISSE El temblóribus, etc.

(Mutis por la derecha. Nuevamente sale por este lado MOISÉS con COLETTE y veinticuatro GUARDIAS femeninos, que aparecen, lo mismo que aquélla, caprichosamente uniformados y llevando en la diestra una «porra» que, en un momento dado, se ilumina. Las muchachas, que no sienten miedo, infunden con su marcial actitud ánimos a Moisés, que se va con ellas, por la izquierda, haciendo alardes de valor. Pero nuevamente acomete al falso príncipe el miedo, puesto que, a continuación, vuelve a escena con las muchachas, con los guardias del primer número y con LA PALISSE, comunicando esta vez a todos su temblor. Al fin, Moisés, La Palisse y los guardias se van por la derecha, y los guardias femeninos por la izquierda.)

HABLADO

(Sale por la derecha KUNO KOBBUS y trae cogido de un brazo y con malos modos a MOISÉS.)

MOISÉS. Señor de Kobbus: por compasión...
 KOBBUS. Usté no cumple lo tratado, rodeándose de

- un batallón de guardias, soldados y policías. Usted tenía que hacer de Príncipe y nosotros teníamos que hacerle pedacitos pequeños de tierra.
- MOISÉS. Tenían que hacerme polvo, sí, señor. Pero no ustedes mismos, sino los enemigos de Mi Alteza.
- KOBBUS. La situación de Koralia es cada momento más grave.
- MOISÉS. Bueno, pues que se alivie. (*Intentando irse.*)
- KOBBUS. ¡Ah, no, no! Solamente un golpe de efecto puede salvar el trono.
- MOISÉS. Y ese golpe queréis que me lo den a mí.
- KOBBUS. Así se trató.
- MOISÉS. ¡La Palisse! (*Llamando.*)
- KOBBUS. ¿Qué cosa es La Palisse?
- MOISÉS. El señor La Palisse es el comisario que me custodia.
(*Salen por la izquierda OCTAVIO y FENELÓN, de «frac», capa y «clack».*)
- FENELÓN. (*Queriendo contener a Octavio, que sale delante y aprisa.*) ¡Señor! ¡Señor!
- MOISÉS. ¡Hombre! Me alegro.
- OCTAVIO. ¡Ah! ¿Sois vosotros?
- MOISÉS. (*Empezando a quitarse la levita bordada.*) Toma tu levitín y tu título, porque el señor de Kobbus se ha empeñado en...
(*Fenelón y Kobbus chistando enérgicamente le hacen callar, le cogen de las manos y se lo llevan aparte.*)
- FENELÓN. (*Aparte, a Moisés.*) Su Alteza ignora que está amenazado.
- KOBBUS. No debe saberlo.
- MOISÉS. ¡Anda! Pues con lo que a mí me gusta dar noticias.
- FENELÓN. ¡Calla!
- OCTAVIO. ¿Qué habláis tan en secreto?
- FENELÓN. Le estoy comunicando a Moisés que Vuestra Alteza ha resuelto marchar a su patria.
- KOBBUS. ¡Colosal!
- MOISÉS. ¡Estupendo! (*Vuelve al intento de desnudarse.*)
- FENELÓN. ¡Quieto!
- OCTAVIO. Eso te dije esta mañana; pero entonces no era yo.

- KOBBUS. ¿No?
- OCTAVIO. Era un desesperado que no supo lo que se decía.
- MOISÉS. Pero, ¿y Koralia?
- OCTAVIO. Ya iré.
- FENELÓN. El caso es, señor, que mañana debíais estar en Ginebra.
- OCTAVIO. ¿En Ginebra?
- KOBBUS. Vamos a repartirnos la Mesopotamia... y nos coge de paso.
- OCTAVIO. Muy bien... Os lleváis a Moisés.
- MOISÉS. ¿Una semana más?
- KOBBUS. ¡Oh, no, no...!
- OCTAVIO. Un mes, un año... ¡Qué más da!
- KOBBUS. *(Coge a Moisés del brazo y lo lleva hacia la izquierda.)* Vamos.
- MOISÉS. Bueno, pero no le digáis a Colette esto de Ginebra.
- KOBBUS. ¿Por qué?
- MOISÉS. Porque, después del Renault, jme pide la Mesopotamia! *(Llamando.)* ¡La Palisse! *(Hace mutis con Kobbus por la izquierda. Cruzan, de derecha a izquierda, La Palisse y los seis guardias.)*
- OCTAVIO. ¡Ay, Ahmed! Oyeme, aconséjame.
- FENELÓN. ¿Algo más?
- OCTAVIO. En el bar me he enterado de que Mimí fué a casa de Colette. Y si hace caso de esa loca, no sé qué voy a hacer. *(Echan a andar, pero Octavio, que ha mirado hacia la derecha, se detiene de pronto, y dice.)* ¡Espera!
- FENELÓN. ¿Qué?
- OCTAVIO. ¡Ella! *(Tira de Fenelón hacia el primer término derecha. Por este mismo lado salen MIMÍ y COLETTE—aquella ya con elegante abrigo—, que se dirigen hacia la izquierda.)* ¡Mimí! *(No hacen caso.)* ¡Mimí...! *(Deteniéndose.)* ¿Quién?
- MIMÍ. Escúchame un minuto.
- OCTAVIO. ¿Aún os atrevéis?
- MIMÍ. ¿Dónde vas?
- OCTAVIO. *(Con dignidad.)* Soy libre para ir donde quiera.
- OCTAVIO. No vayas, Mimí. No quieras destrozarme la vida.

- MIMÍ. Vos destrozasteis la mía y os tuvo sin cuidado. (*Avanza hacia la izquierda.*)
- OCTAVIO. ¡Eso, no! Yo estoy por ti dispuesto a todo.
- MIMÍ. Ya es tarde, Príncipe. (*Hace mutis.*)
- COLETTE. (*Como quien sale de un sueño.*) ¿Cómo Príncipe? ¿Entonces... ese...? ¡Lo deslomo! (*Fu- riosa, se va también por la izquierda.*)
- FENELÓN. ¿Lo veis, señor?
- OCTAVIO. ¡Déjame solo!
- FENELÓN. Pero...
- OCTAVIO. (*Autoritario.*) ¡Te lo mando! (*Fenelón, sin decir palabra, se dirige a la derecha.*) ¡Oye...!
- FENELÓN. (*Volviendo.*) ¡Señor...!
- OCTAVIO. Busca a ese hombre y dile que disponga el viaje.
- FENELÓN. ¿Nos vamos por fin a Koralia?
- OCTAVIO. (*Emocionado.*) Mañana, en el *Oriente Ex- prés.*
(*Fenelón se va por la izquierda. Octavio que- da, dando frente al público, como en otro mundo.*)

MUSICA

- OCTAVIO. En la noche azul primavera,
todo mi pasado estudiantil,
como en una esfera de cristal
se me aparece.
Tengo que olvidar aquel vivir;
ya no hay que volver la vista atrás,
y este es el horrible porvenir
que se me ofrece:
una corte que es dorada prisión,
sin riqueza, sin amor ni poder,
y en el fondo de mi corazón
el recuerdo de aquella mujer.

— — — — —

Adiós París,
ciudad encantadora del amor;
farol de luz
que alumbrá todo el mundo desde aquí.

Jamás, jamás
el brillo de esta luz olvidaré...
¡Adiós!...
¡París!...

La ilusión me anima de volver,
pero es insensata mi ilusión,
porque del feliz amor de ayer
no queda nada.
La mujer con que soñaba perdí.
No seré feliz con otra mujer.
Si ella nunca ha de quererme a mí,
a tu seno ya no he de volver.
¡Adiós, París,
ciudad encantadora del amor;
farol de luz
que alumbraba todo el mundo desde aquí!
Jamás, jamás
el brillo de esta luz olvidaré...
¡Adiós!...
¡París!...

TELON



Mimi. ...
 OCTAVIO. ...
 Mimi. ...
 COLETTE. ...

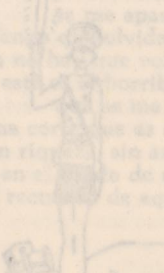
FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...

FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...



OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...

OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...



OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...

OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...

OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...
 OCTAVIO. ...
 FENELÓN. ...



Interior del «Cabaret Soulié», supuesto en el Barrio Latino, de París. Entradas por derecha e izquierda de los dos primeros términos. Algunas mesitas de carácter moderno, distribuidas en la escena. Estas mesitas tienen en sus cuatro costados unos flecos de bisutería o pasamanería, que llegan hasta el suelo, con el fin de ocultar las piernas de quienes las utilizan, y, sobre el tablero, una pequeña y elegante lámpara con pantalla de color.

Al levantarse el telón está la escena llena de gente: MODISTILLAS, ESTUDIANTES, ARTISTAS y algún SEÑOR MADURO, elegante y libertino. Las modistillas, dentro de la sencillez de sus trajes, darán la nota de peculiar elegancia que distingue a las obreras de la costura parisienses. Los estudiantes vestirán también sencillamente, en general, pero con los trajes amplios y bien planchados. Los caballeros de cierta edad usarán *smoking*; los Camareros, de *frac*. Entre los concurrentes se han deslizado algunas COCOTAS. En dos de las mesitas, a derecha e izquierda, están, respectivamente, PIFI y POPO, que aparecen, detrás de su mesa, igualmente peinados, con pecheras de *smoking*, idénticos y fumando cigarrillos de la misma marca. Cuando llegue el momento de levantarse, se verá que Pifi usa una corta falda y Popó un amplio pantalón. Por lo pronto a ella y a él los acompañan algunos amigos de diferentes sexos

CUADRO TERCERO

MUSICA

(Gran animación al elevarse la cortina. Varias parejas terminan de bailar y hay aplausos de los concurrentes para ellas. Suena un golpe de bombo.)

CAMARERO. *(Avanzando al centro de la escena.)*

¡El plátano! *Black=botton.*

(Salen por la izquierda «LAS DEL PLÁTANO», vestidas con caprichosos trajes, que bailan y, al final, hacen mutis por el mismo lado.)

UN CONCU= *(Durante el baile.)*

RRENTE ...

«¡El plátano!» «¡El plátano!»
¡ *Black=botton!*

En Hollywood (1), en Búffalo
y en Montreal
es un danzón
sensacional.

«¡El plátano!» «¡El plátano!»

¡Black-botton!

(El coro repite luego la misma letra antes de que las bailarinas hayan desaparecido.)

HABLADO

(Los que están de pie hacen mutis por distintos lados. Entran por el foro izquierda COLETTE y MIMÍ, sin abrigos. Durante las primeras frases que siguen, los que acompañan a PÍPÍ y POPÓ se retiran con naturalidad hacia las mesas del fondo.)

- COLETTE. Todavía no hay mucha gente.
MIMÍ. A mí me parece bastante. Vámonos, Colette.
- COLETTE. ¡Qué disparate! Llegar al mismo borde de la venganza y arrepentirse en la puerta.
¡Eso, no!
- MIMÍ. Esto no es una venganza: es una locura.
COLETTE. Vamos, chica, no seas *facha*. Ven por aquí y verás lo que es bueno. Y de paso, a ver si damos con ese impostor con antiparras... que le voy a dar... la enhorabuena.
- MIMÍ. Por favor, no descubras la superchería. Se dice que la vida del Príncipe Edhem está amenazada y, si se supiera que es Octavio...
¿Todavía?
- COLETTE. Mujer. ¡Es tan pronto para que no me importe su vida, que anoche mismo era la mía!
- MIMÍ. Pues, tranquilízate; mi plan es mucho más terrible para ese farsante. Por lo pronto, voy a ver si lo encuentro. (Iniciando un mutis.)
- COLETTE. ¡No me dejes sola!
- MIMÍ. ¡Ah! ¿Sí? Pues verás. (Se acerca a Pipí.) Oye,

(1) Pronúnciese: *Jólivud*.

- simpático: ¿convidas a cenar a una chica guapa?
- MIMÍ. (Espantada.) ¡Oh!...
- PIPÍ. (Levantándose y cruzando la escena de derecha a izquierda, para hacer mutis por este último lado.) ¿Yo? ¡Que la convide su novio!
- COLETTE. ¡Anda! ¡Si es un femenino! Desde que las mujeres llevan *smocking* ¡se hace cada plancha!...
- MIMÍ. ¡Ten en cuenta que yo no ceno con ningún hombre!
- COLETTE. (Acercándose a la mesa de Popó.) Bueno, hija; pues, mientras vuelvo, siéntate con esta señorita.
- POPÓ. (Levantándose también para cruzar la escena e irse por la derecha.) ¡Cuidado! ¿Eh?
- COLETTE. Pero, ¡si es una masculina!
- MIMÍ. No das una, Colette.
- COLETTE. (Viendo alejarse a Popó.) ¡Y qué tío roñoso! Lo mejor es que vengas conmigo.
- MIMÍ. Sí, es lo mejor.
- COLETTE. Y, como demos con Moisés, te aseguro que te diviertes.
- MIMÍ. ¡Colette, por Dios!
- COLETTE. ¡A mí con bromas!
(Se van las dos por el lateral izquierdo. Por la derecha salen FENELÓN y MAGDALENA; ésta, hecha un brazo de mar.)
- MAGDA. (Un poco borracha.)

«¡El plátano! ¡El plátano!
¡Black=botton!»

- FENELÓN. (Interrumpiéndola.) ¡Por el zancarrón de mi padre Mahoma!
- MAGDA. No me cortes el hilo de la melodía... ¡nenín!
- FENELÓN. Lo que te cortaría es el cuello... ¡vidita!
- MAGDA. ¿Por dónde? ¿Por aquí o por aquí? ¡Chato!
- FENELÓN. Por donde caiga la yugular. ¡Fea!
- MAGDA. Y luego... ¿qué haces tú? ¿Vuelves hacia ti el arma homicida y te abres el vientre?
¡Riquín!
- FENELÓN. Sí, lo que tú quieras, *bibelot*.
- MAGDA. (Empieza a palmotear desafortadamente.)
- FENELÓN. Pero, ¡qué ovación es esta...!

- MAGDA. Llamo al camarero.
- FENELÓN. ¿Otra vez?
- MAGDA. Antes de abandonar este mundo contigo, quiero gozar, quiero beber...
- FENELÓN. ¿Beber? Pues vamos al jardín y nos suicidaremos en el estanque... Primero te arrojas tú, en busca de la muerte... Y si la encuentras, ¿para qué voy a buscarla yo?
(Magdalena, convencida al parecer, se va por la izquierda seguida de Fenelón. Y ambos desaparecen, volviendo a cantar y bailar los primeros compases de «El plátano».)
- MIMÍ. (Saliendo por el foro izquierda seguida por NARCISÍN.) Le suplico, señor, que me deje. Es la primera noche que vengo a Soulié y estoy aturdida. (Viene a sentarse junto a la mesa de la izquierda, primer término.)
- NARCISÍN. Lo comprendo, señorita. En tal noche como hoy, otra joven, aturdida y bella, me rechazó lo mismo. Pero mis razonamientos son tan convincentes... (Sacando un talonario de cheques y una estilográfica.) que hoy, si no me hubiera burlado, seguiría siendo la reina de París... Ved... Mi firma va en blanco. En la casilla «Francos» pongo un dos. No caben ceros bastantes para que a mí me parezca demasiado... (Alargándole el cheque.)
- MIMÍ. (Indignada.) ¡Señor...!
- NARCISÍN. Es temprano. Comprendo. (Dejando el cheque en la mesita, con la pluma.) Soulié no cierra hasta que salga el sol. ¡Que salga para mí, señorita! (Se inclina respetuoso y se va por la derecha.)
- MIMÍ. (Lo ve partir con un gesto de dignidad serena. Duda un momento. Después coge la pluma y va escribiendo ceros pausadamente.) Doscientos... Dos mil... Veinte mil... Doscientos mil... ¡aun cabe un cero más! (Rompe el cheque con violencia y arroja al suelo los pedazos. Suena otro golpe de bombo, como el anterior.)
- CAMARERO. (Como antes.) «¡El tango infernal!»
(La iluminación de la escena adquiere un tono intensamente rojo. Mimí, iluminada por

la luz de un foco blanco, canta como para sí;
y una pareja de bailarines, que representan
al Alma y al Diablo, danzan cuando se in-
dica.)

MUSICA

MIMÍ.

No hay tesoro ni poder
suficiente para hacer
que se pierda una mujer
por dinero.

Si algún día he de caer,
en los brazos ha de ser
del que me hace padecer
¡y le quiero!

Por dinero no sería
yo jamás,
entre tantas infelices
una más...

Por cariño llegaría...
yo no sé...

¡Al delirio y a la muerte
y al infierno llegaré!

¡Lucifer! ¡Lucifer!:
si me quieres vencer
anda pronto a buscar
al bien mío...

Y le dices que mi desvarío
y mis locos desprecios olvide;
que me busque y me pida
¡la vida!...

¡que la vida le doy si él la pide!

(Sale y danza la pareja de baile.)

De las puertas de la gloria
me caí

a la boca del infierno
donde ví

en mis manos una vida
de esplendor

¡mas no quiero por dinero
ser esclava sin amor!

(Cruzan el fondo de la escena otras parejas, iguales a la primera. Y esta y aquéllas hacen mutis antes de que Mimi haya terminado de cantar.)

¡Lucifer! ¡Lucifer!:
si me quieres vencer
anda pronto a buscar
al bien mío...

Y le dices que mi desvarío
y mis locos desprecios olvide;
que me busque y me pida

¡la vida!...

¡que la vida le doy si él la pide!

(La iluminación recobra su tono natural.)

H A B L A D O

- FENELÓN. (Saliendo por la izquierda.) ¡Ah! Mimi...
¿Eres tú?
- MIMÍ. Sí, amigo Fenelón. Mas si quisieras acompañarme a mi casa...
- FENELÓN. ¿Cómo? ¿Ahora te vas cuando empieza la animación? ¿Cuando acabo de endosarle a un negro mi porvenir?
- MIMÍ. ¿Magdalena, quizás?
- FENELÓN. La misma. La invitó un boxeador senegalés y, como a un gesto mío, se me ha puesto así... (Guardia de boxeo) pues yo le he hecho así... (Despedida con la mano.) ¡Y que aproveche! Anda, dame ese brazo, que te voy a presentar a un amigo...
- MIMÍ. ¿A un amigo... o a tu señor?...
- FENELÓN. Como quieras... Pero temo que mi señor se presente él solo. (Mutis por la derecha. Por la izquierda salen COLETTE y MOISÉS.)
- COLETTE. Ven acá, principito de mis ilusiones. Anda, rico... (Dándole un pellizco.)
- MOISÉS. ¡Ay!
- COLETTE. ¡Requetemonín! (Otro pellizco.)
- MOISÉS. ¡Ay!
- COLETTE. ¡Cómo te adoro, vida! (Una bofetada.)
- MOISÉS. ¡Caray!

- COLETTE. ¡Si me quisieras la mitad que yo...
 MOISÉS. ¿Cómo la mitad? ¡El doble! *(Empieza a sacudir bofetadas y puntapiés, pero como va sin gafas, las da en el aire.)* Pero ¿dónde te has ido, mujer, ahora que empiezo a acariciarte? *(Se busca las gafas, que lleva en el bolsillo, y se las pone.)*
- COLETTE. *(Que con la última frase había ido a la izquierda.)* Estoy aquí. *(Suenan dentro dos golpes fuertes de bombo y Moisés los secunda con dos saltos de tigre.)*
- MOISÉS. ¡Eh! ¡La Palisse! ¿Qué es eso?
 COLETTE. La llamada para el baile general.
 MOISÉS. ¡Ah!
 COLETTE. Pero, vamos, con el bombo solo no se baila. Y tú...
- MOISÉS. ¡Insensata! ¿No sabes que mi cabeza está en peligro?
 COLETTE. ¡Que si lo sé...!
 MOISÉS. ¡Ah! ¿Lo sabías?
 COLETTE. Y sé quién se encargará de darte el golpe...
 MOISÉS. ¿Quién?
 COLETTE. ¡Yo! *(Cogiendo una botella.)*
 MOISÉS. ¡La Palisse! *(Por todas las puertas entran concurrentes para el baile. Entre ellas, las del Plátano y las bailarinas del Tango Infernal. Llegan, también, LA PALISSE y OCTAVIO, por el foro derecha, con KOBBUS; FENELÓN y MIMÍ por el lateral derecho, MAGDALENA por la izquierda.)* ¡Vamos, hombre! ¿Dónde os metéis?
- PALISSE. Señor, me llamaron del Ministerio... Señor... El Ministro me ordena que retire la vigilancia...
- COLETTE. ¡Anda!
 MOISÉS. ¡Por Dios, La Palisse!
 PALISSE. Vuestra preciosa vida ha dejado de ser preciosa.
 MOISÉS. ¡Como que ahora es de perros!
 PALISSE. Un despacho oficial anuncia que el Khan de Koralia...
 MOISÉS. Mi augusto abuelo.
 KOBBUS. Ha sido destronado irrevocablemente.
 MOISÉS. ¡Hombre! Gracias a Dios. *(Empezando a quitarse la levita, lo cual evitan los demás.)*

- KOBBUS. ... ¡Oh!...
- MAGDA. ¿Cómo? ¿Qué es eso?
- FENELÓN. ¡Casi nada! Que mañana temprano te mando a casa el baúl.
- MAGDA. Con juventud y amor, el mundo es nuestro. *(Le abraza.)*
- MIMÍ. *(Acercándose a Octavio que, desde que entró, la miraba en silencio.)* Y vos... Octavio... ¿No estáis triste con noticia tan grave?
- OCTAVIO. No, Mimí... Porque, dentro de pocos meses, ganaré mi título y, entonces, me llegaré al 28 de la calle Racine, sotabanco, y diré: «Señorita Mimí: ¿queréis compartir el hogar con un profesor de filosofía?»
- MIMÍ. Y yo contestaré: «Sí quiero».
- OCTAVIO. Y lo que pudo suceder en un trono...
- MIMÍ. Sucederá en un pedito modesto...
- FENELÓN. ¡Del barrio latino!
- COLETTE. ¡Vivan los novios!
- TODOS. ¡¡Vivan!! *Los presentes, dominados por la misma alegría, prorrumpen en gritos de júbilo, que derivan en los compases de «El plátano», cantado y bailado por todos, a excepción de Mimí y Octavio, que se limitan a dar muestras de gran satisfacción. Fenelón y Magdalena en un lado y Moisés y Colette, en el opuesto, bailan con su peculiar vis cómica. Y sobre este cuadro animado cae definitivamente el*

TELON

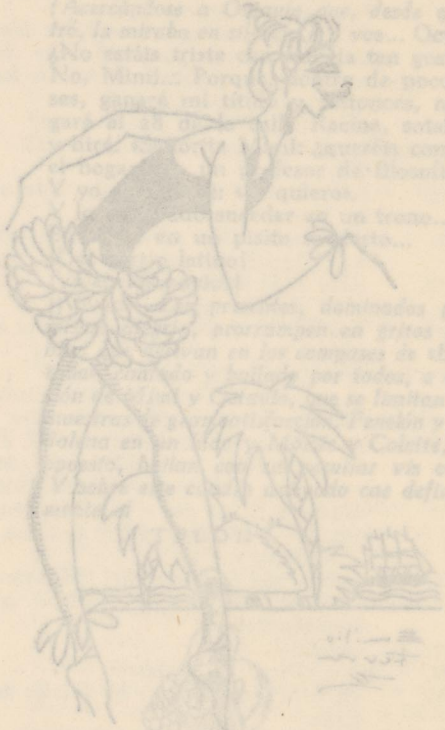


Obras de los mismos autores.



Dibujos de EMILIO FERRER

ROBERTO. — ¡Oh! ¿Qué es eso?
 MAGDA. — ¡Cielos! ¿Qué es eso?
 FERNÓN. — ¡Cielos! ¿Qué criatura semejante te mandó a poner el brújil.
 MAGDA. — Con los ojos y el amor, el sentido es natural. (La abraza.)
 MIMI. — (Acercándose a Octavio.) ¿Desde qué instante, la miraba en silencio... Octavio...
 OCTAVIO. — (No está triste de que ella sea tan grave?)
 MIMI. — No, Mimi. Por qué... de pocos meses, pero ¿por qué... entonces, me has querido...
 OCTAVIO. — (¿Por qué... entonces, me has querido...)
 MIMI. — (¿Por qué... entonces, me has querido...)
 OCTAVIO. — (¿Por qué... entonces, me has querido...)
 MIMI. — (¿Por qué... entonces, me has querido...)
 FERNÓN. — (¿Por qué... entonces, me has querido...)
 COLETTE. — (¿Por qué... entonces, me has querido...)
 TODOS. — (¿Por qué... entonces, me has querido...)



Diseño de EMILIO FERRER

Obras de los mismos autores.

- La canción del olvido*, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de José Serrano. (Sexta edición.)
- La sonata de Grieg*, balada noruega en tres cuadros, música de Edvard Grieg.
- Los fanfarrones*, farsa lírica en un acto, música de Eduardo Granados.
- Las delicias de Cápuá*, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, música de Ernesto Rosillo.
- La serranilla*, balada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música de Ernesto Rosillo.
- La rubia del Far-West*, opereta en un acto, libro de Federico Romero y Luis Germán y música de Ernesto Rosillo.
- La princesa Olalá*, opereta en tres actos, traducida del alemán, libro original de Rudolf Bernauer y Rudolph Schancer y música de Jean Gilbert.
- Doña Francisquita*, comedia lírica en tres actos, el tercero dividido en dos cuadros, inspirada en *La discreta enamorada*, de Lope de Vega, música de Amadeo Vives. (Tercera edición.)
- El dictador*, zarzuela en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, música de Rafael Millán.
- La sombra del Pilar*, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, música de Jacinto Guerrero.
- Blancaflor*, farsa lírica en tres actos, música de Juan Antonio Martínez.
- La Severa*, drama lírico en tres actos y epílogo, adaptación de la obra portuguesa de Julio Dantas, música de Rafael Millán.
- El caserío*, comedia lírica en tres actos, música de Jesús Guridi.
- La villana*, zarzuela en tres actos, divididos en siete cuadros, basada en la tragicomedia de Lope de Vega, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*; música de Amadeo Vives.
- Las alondras*, comedieta lírica en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, música de Jacinto Guerrero.

Obras de los mismos autores.

- La canción del olvido, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de José Serrano. (Segunda edición).
- La sonata de Grieg, balada noruega en tres cuadros, música de Edoard Grieg.
- Los toreros, farsa lírica en un acto, música de Eduardo Granados.
- Los delicias de Capua, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, música de Ernesto Rosillo.
- La serranilla, balada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música de Ernesto Rosillo.
- La rubia del Far-West, ópera en un acto, libro de Federico Romero y Luis Ganga y música de Ernesto Rosillo.
- La princesa Oda, ópera en tres actos, traducida del alemán, libro original de Rudolf Berner y Rudolph Schaner y música de Jean Gilbert.
- Doña Francisca, comedia lírica en tres actos, el tercero dividido en dos cuadros, inspirada en la discreta casa morada, de Lope de Vega, música de Amadeo Vives. (Tercera edición).
- El doctor, zarzuela en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, música de Rafael Millán.
- La sombra del Púar, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, música de Jacinto Guerrero.
- Blancaflor, farsa lírica en tres actos, música de Juan Antonio Martínez.
- La Zavera, drama lírico en tres actos y epílogo, adaptación de la obra portuguesa de Julio Dantas, música de Rafael Millán.
- El castaño, comedia lírica en tres actos, música de Jesús Gudi.
- La villana, zarzuela en tres actos, dividido en siete cuadros, basada en la tragicomedia de Lope de Vega, Peribáñez y el Comendador de Oñáiz, música de Amadeo Vives.
- Las alondras, comedia lírica en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, música de Jacinto Guerrero.

Precio: 3 pesetas.